

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

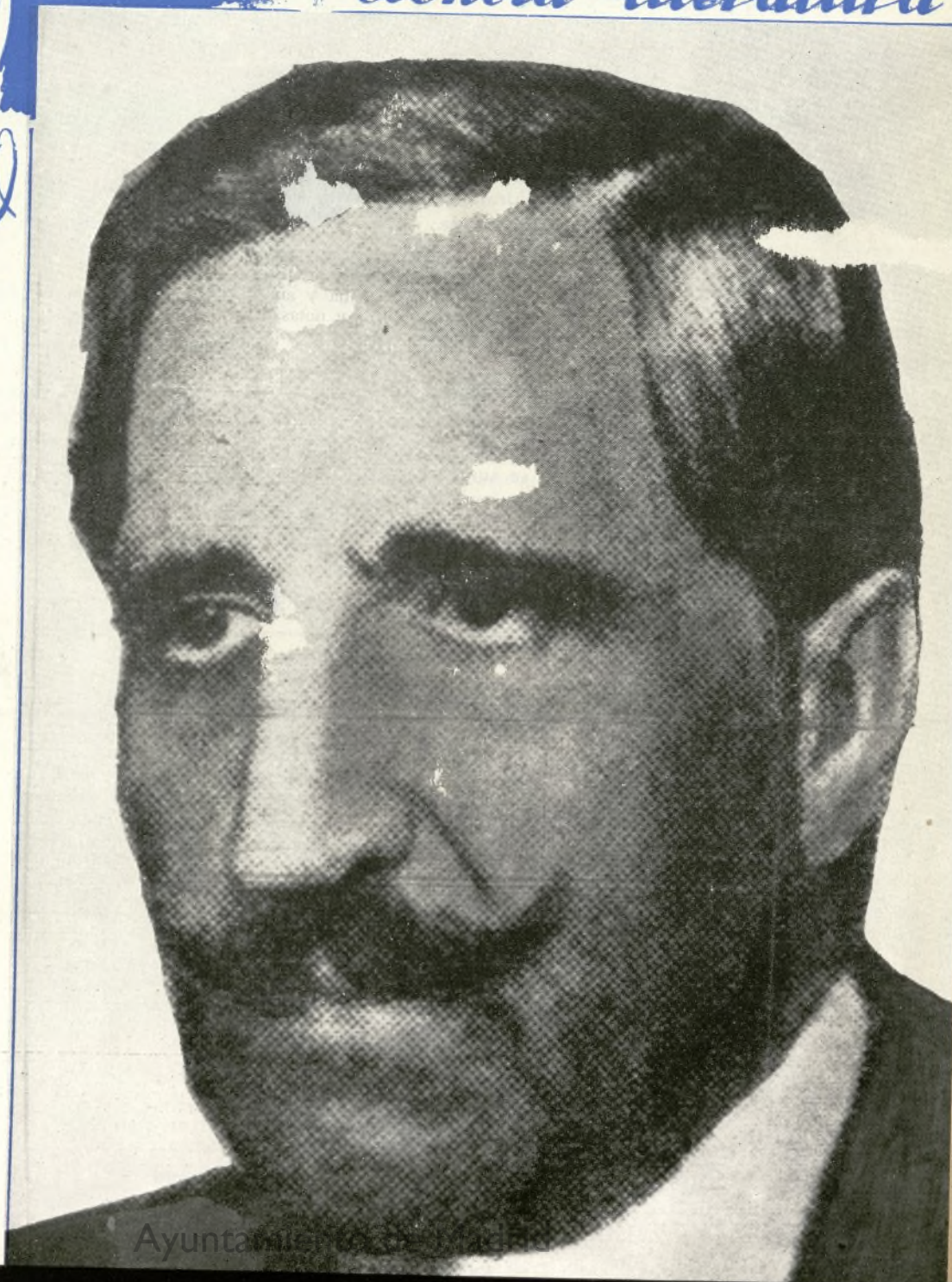


Eugen Relgis: Alberto Einstein.
Su tiempo. — **Rudolf Rocker:**
Vidas ejemplares: Joseph Ishill.
— G. W.: Orwell y el anarquismo.
— **Luis Alberto Sánchez:**
Cuaderno de Bitacora: Alberto
Ghiraldo. — Gotas de rocío. —
Gérard Lacaze-Duthiers: Siglos
de torturas. — **Fontaura:** El
temple romántico de Verhaeren.
— **Federica Montseny:** Cuentos
de la noche. El robo. — **Rafael
Sánchez de Ocaña:** Reflejos en
el agua. Caprichos de un hombre.
— **J. Borraz:** Los libros.
«Bonjour tristesse». — **Han Ry-
ner:** La religión de la armonía.
— **Ugo Fedeli:** Bibliografía de
publicaciones en lengua italia-
na. — **Ricardo Mella:** Ideario
(folletón encuadernable).

OSTO
1955
56

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

ALBERTO GHIRALDO

La figura de Alberto Ghiraldo, después de la de Pedro Gori y de la de Pompeyo Giner, cerró el ciclo de los caballeros de la libertad, de pura prestancia romántica.

Los tres fueron elegantes, originales, señoriles en su porte y en su gusto. Los tres fueron intrépidos, en lucha constante y permanente con los poderes constituidos, las tradiciones, las rutinas, la injusticia y los abusos de la fuerza. Los tres estuvieron siempre al lado de los oprimidos contra los opresores, al lado de las víctimas contra los victimarios, al lado de los perseguidos contra los persecutores.

De los tres, Ghiraldo fué el último que murió. En cierto modo, Gori formó su conciencia, como formó la de centenares de jóvenes intelectuales y profesores argentinos, marcados toda la vida por el sello del genial conferenciante y abogado anarquista, que, en su viaje a través de las Américas, sembró anarquismo a manos llenas.

Alberto Ghiraldo no vaciló en comprometer su carrera de periodista, de escritor y de poeta, poniéndose decididamente al lado de los anarquistas, colaborando en nuestra prensa, siendo director de «La Protesta».

Hasta la muerte, fué fiel a sus ideas y a sus amigos. Ni las dictaduras que han jalonado la historia moderna de la Argentina, ni las solitaciones de la Prensa burguesa, ni las persecuciones de la reacción, hicieron vacilar su temple.

«CENIT», publicando su retrato y el artículo a él dedicado que encontrará el lector en el interior de este número, rinde homenaje y recuerdo a Ghiraldo, encarnando en él la pléyade de hombres de vanguardia que se sumaron generosamente a nuestra lucha por la libertad y por la justicia, que contribuyeron a formar la mentalidad de las masas obreras, conscientes de sus derechos y deberes, y que trabajaron junto a nosotros con tesón por la transformación de la sociedad y la organización de un nuevo mundo.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiá, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

ALBERTO EINSTEIN

SU TIEMPO



N el firmamento de la cultura universal, entre tantas estrellas que surgieron en la noche de las épocas históricas y en la sucesión secular de las civilizaciones, brillaba durante la primera mitad del Siglo Veinte una estrella de primera magnitud. Su luz, pura y potente, persistía en este lapso de tiempo—un instante en la eternidad—, pero incommensurable según la pobre medida de

nuestra trágica condición humana. Porque en este medio siglo nuestro mundo ha sido trastornado por dos guerras mundiales, por incontables conflictos entre los Estados, por una Revolución que tuvo repercusiones planetarias y por rebelías en todos los pueblos, por los tremendos estragos de los regímenes llamados totalitarios, por las catastróficas consecuencias políticas, económicas y morales de los fanatismos y matanzas, y—por añadidura—por el hambre, las epidemias, las destrucciones atribuidas a la naturaleza. Parecía que han llegado los últimos días, el Gran Juicio, y que se cumplen las profecías del Apocalipsis...

Y muchos fueron los que pretendían ser los salvadores de su pueblo, los dirigentes de coaliciones internacionales y hasta de la humanidad entera. Falsos Mesías, profetas embusteros, aprovechadores del momento político, tiranos con máscaras de benefactores de la patria, caudillos que se imponían por el terror y el miedo, por la sangre y el fuego.

Y pocos fueron los verdaderos voceros de estos pueblos esclavizados y masacrados por los amos temporarios. Muy pocos, apenas un puñado de grandes servidores del Espíritu, fieles a los ideales permanentes de la cultura, sabios y artistas, filósofos y educadores, permanecieron firmes en la borrasca de las pasiones y clamaron sus advertencias, sus llamadas a la paz, tolerancia y ayuda mutua para refrenar los desastres de las guerras y reconstruir sobre las ruinas de tantos errores y horrores, un mundo mejor, en justicia y libertad. Entre estos contemporáneos—entre Tolstoi y Gandhi, Romain Rolland, Jaurés y Gorki, Tagore, Stefan Zweig, Upton Sinclair y Jorge Fr. Nicolai, Augusto Forel y Freud,

Han Ryner, Alberto Schweitzer y Bertrand Russell (para indicar sólo una docena de hombres que surgen en mi mente)—Alberto Einstein estuvo siempre presente. Estuvo presente con su inmenso prestigio de sabio, con su profundo sentido de humanidad, con su pureza moral, con su inagotable generosidad de investigador de las realidades cósmicas, de sapiente que ofrece, modestamente y hasta humildemente, sus conocimientos y consejos a los hombres de todas las razas y condiciones sociales, para ayudarlos en sus desgracias y encaminarlos hacia los ideales de fraternidad y cooperación creadora.

Einstein ha sido uno de los cuatro profesores que se atrevieron a levantarse, en Alemania, contra el manifiesto de los «93» intelectuales que se solidarizaron, en 1914, con el militarismo prusiano. Su nombre no faltaba entre los iniciadores de movimientos de vanguardia, como fué al principio el grupo «Claridad» de Francia, de organizaciones pacifistas como la «Internacional de los Resistentes a la Guerra» de Inglaterra, de Comisiones como la de Cooperación Intelectual de Ginebra, precursora de la Unesco, y de tantas instituciones científicas y humanistas, de enseñanza superior y de asistencia a los desamparados y perseguidos, cualesquiera sean sus opiniones políticas o religiosas. Sabíamos que su voz, calma y a la vez decidida, se podía oír en el tumulto de las pasiones, en los momentos de alerta, en las encrucijadas de los grandes peligros colectivos. Sólo o junto con sus insignes compañeros, Alberto Einstein ofrecía su testimonio imparcial, formulaba su juicio en los conflictos de alcance mundial, lanzaba su advertencia a los grandes responsables de los pueblos y fortalecía con su fe de visionario a las muchedumbres que esperaban en vano la salvación de parte de sus malos pastores.

Para los extraviados y los solitarios, para los creyentes sin nombre y los artesanos de la cultura, el nombre de Einstein ha llegado a ser algo fijo, inquebrantable en la oleada de los acontecimientos sociales y políticos, bélicos y revolucionarios. Su luz, su voz, su fuerza intelectual y espiritual permanecían en la noche de nuestros dolores o en los albores de nuestras esperanzas, como la presencia de un consolador y de un guía, como la estrella polar de la conciencia

de nuestra época. Muchos hemos reencontrado el recto camino, la confianza en nosotros mismos, el poder de resistir en medio de las desgracias y volver a empezar la lucha después de cada desmentido y de cada derrota en la contienda entre la barbarie armada con las máquinas destructoras y la cultura humana armada con sus verdades científicas y éticas, con su amor a la paz y la libertad.

Así pasaron los años, para nosotros, en este medio siglo, el más trágico, quizás, en la historia de la humanidad. Y Einstein, el más sabio y humano entre nuestros guías, siempre modesto y fraternal en su fama popular, empeñado en su trabajo de todos los días, se ha convertido en una imagen viva del espíritu creador. A través de él, el hombre se ha humanizado y, superándose, se ha universalizado.

Y cuando la noticia de su muerte física se ha difundido en el mundo, cuando en su cuerpo se han roto las cuerdas que vibraban bajo los impulsos de su mente y su gran corazón, hemos experimentado el sentimiento tan doloroso de que una época, la nuestra, ha concluido, y que la marcha del mundo se ha detenido, por algunos instantes, en ese duelo por un genio que ha abandonado su forma perecedera, en ese recogimiento que siente, no obstante, la eternidad de las energías universales en corporizaciones siempre renovadas. ¡Alberto Einstein ha muerto! Pero su ciencia, su enseñanza, su ejemplo, siguen iluminando a la humanidad, del mismo modo que una estrella (que también puede «morir», una vez terminado su ciclo físico, o disgregarse en un choque con otro astro) está todavía visible después de su desaparición, porque sus últimos rayos de luz necesitan siglos y aun muchos milenios hasta que llegan a los ojos terrestres.

EL SABIO.

Si consideramos la obra puramente científica de Alberto Einstein, tenemos que confesar, nosotros, los profanos, que no estamos todavía en condiciones de comprender el profundo sentido revolucionario de sus fórmulas físico-matemáticas. No practicamos el culto de la incompetencia y confiamos en los sabios que, verificando por métodos experimentales la teoría de la relatividad y de la identidad de masa y energía, exponen en un lenguaje menos abstracto el significado de las verdades expresadas por Einstein mediante unos signos algebraicos. Los que, en su juventud, han recibido algunos conocimientos de la ciencia astro-física, han retenido los nombres de Galileo, Copérnico, Laplace, Newton y, con ellos, la visión de un cosmos que nos parecía definitivamente establecido con sus planetas y galaxias, con sus leyes mecánicas y los misterios insondables del «más allá», del mismo modo que los antiguos creyeron en la astrología asiria, en los mapas de Tolomeo y, apenas algunos siglos antes, en la orgullosa idea de que la Tierra es el centro inmóvil del universo, o por lo menos de su sistema solar.

Aun si la razón nos incita en aceptar la veracidad de las teorías einsteinianas, tenemos que des acostumbrarnos de nuestro modo de pensar, de este sentimentalismo que nos retiene bajo el hechizo de las herencias milenarias, de lo que se llama «verdades adquiridas» de una generación a otra; y, en vez de la geometría euclidiana, con su espacio tridimensional, tenemos que ver y sentir el mundo y su vida como una realidad en la cual se manifiesta el cuadro factor: el tiempo. Y he ahí que la visión del mundo nos ofrece, en vez de su única verdad absoluta, una serie de verdades relativas, ilustradas no por un solo universo, sino por innumerables universos, por infinitos que se interpenetran y se renuevan en el incesante flujo y reflujo de las energías cósmicas.

Einstein empezó con su Memoria sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento, para llegar—a través de sus estudios sobre el «efecto fotoeléctrico» y sobre la

masa y energía—a constituir la base de la teoría del átomo. Su célebre fórmula, según la cual la «energía concentrada en la materia es proporcional a su masa», ha ofrecido a la física nuclear uno de los más tremendos secretos de esa realidad total que unos llaman Cosmos o Naturaleza, y muchos, simplemente, Dios. Perfeccionando sin cesar, de un estudio a otro, su teoría de la relatividad generalizada, él ha englobado, según uno de sus comentadores, «en una síntesis monumental, como nunca había sido lograda, el problema del espacio y del tiempo», y finalmente «la meta que su audacia y su genio le habían fijado, ha sido: la fusión de los campos electro-magnético y gravitatorio, o sea la teoría del campo unitario». (W.S. Hill.)

El destino, o mejor dicho, la simple fatalidad biológica, ha detenido por la muerte de Einstein esta marcha heroica hacia la conquista suprema: el secreto de la vida, es decir, de sus orígenes. La ha detenido por algún tiempo... Pero su teoría acerca de la materia y la energía, ya es aplicada en el dominio de la física nuclear. Así, pues, del «infinitamente grande» al «infinitamente pequeño», de los innumerables astros y vías lácteas, a los átomos. Algunos sabios perseverantes, comprobando la exactitud de las teorías de Einstein—y eso según sus propias sugerencias—han logrado encontrar los medios prácticos para desencadenar la inmensa energía acumulada en la materia. Disgregando sus átomos, han multiplicado de tal modo las posibilidades humanas, que ya se habla del próximo reino de la abundancia y de la felicidad sobre esta tierra. La bíblica maldición—ganarás tu pan con el sudor de tu frente—será vencida por la ciencia, y el hombre surgirá finalmente de los rebaños: no será más carne de trabajos forzados, carne de cañón para los gobernantes y sus privilegiados, ni carne de placer ilusorio, para mantenerse en una sociedad injusta la superpoblación de los esclavos y desdichados...

Y tantos idealistas míopes, tantos falsos filántropos y sociólogos de gabinete se apresuraron en glorificar a Einstein como a un «hacedor de universos», como el más poderoso genio de todos los tiempos, a él, tan humano en su modestia de pensador, tan simple en su vida individual y familiar, tan humilde precisamente por ser un iniciado en los secretos de la vida y que, pudiendo descubrir una ley del universo, no se vanagloriaba por eso, sino que, consciente de su propia pequeñez física y de la relatividad de su existencia, llamó a la ley «la sombra de Dios».

EL HUMANISTA.

Si Alberto Einstein es, en verdad, uno de los más grandes sabios de nuestra época, según los testimonios de sus compañeros de estudios e investigaciones, tenemos que añadir que él no es grande sólo por su ciencia. Pues la ciencia no es un fin en sí misma. Ella es un medio en la lucha del hombre—en los límites de las fatalidades de la naturaleza y en las varias contingencias sociales—para asegurarse el «mínimo de existencia», el sustento primero, y superarse luego intelectual y espiritualmente. En este sentido, Einstein ha sido grande: por su profundo amor a la humanidad, por su solidaridad con los individuos que constituyen la gran familia humana. Para nosotros, los humanitarios, él representa el tipo más expresivo del hombre integral que, partiendo de su propia realidad biológica, puede asimilar y acrecentar los valores culturales del pasado y, proyectándolos en el porvenir, nos ofrece en su persona la imagen anticipada del hombre cósmico. Su filiación, a la vez real y simbólica, es la del legendario Prometeo, que quiso arrancar a los dioses el secreto del fuego; de Pitágoras, el mago de los números y de las reglas de oro; de Leonardo da Vinci, tan enciclopédico por su intuición y su fuerza creadora; de su antecesor Newton, otro «hacedor de universos».

Alberto Einstein no ha sido, pues, un especialista hermético, en un dominio restringido. Cuanto más multilateral, tanto más completo, más comprensivo para con sus «her-

manos, sus semejantes» mantenidos todavía en ignorancia y subordinados a los intereses de algunas minorías de privilegiados o de «élites» intelectuales. Si Einstein mismo se ha expresado una vez en favor de un gobierno mundial, él no pensó en los políticos, sino en las mejores inteligencias, en los sabios y filósofos capaces del máximo desinterés personal, para el bien de todos los individuos. La constante preocupación por los destinos de los pueblos, por encima de las diferencias raciales, políticas o religiosas, ha marcado la actividad científica de Einstein con el sello de un trágico problema de conciencia, de un conflicto interior, que constituye la verdadera nobleza de los reformadores morales y forjadores de la cultura. Siempre se ha formulado a sí mismo la interrogante: ¿En qué medida sus descubrimientos científicos pueden ser útiles al progreso general de la humanidad? El teórico de la física nuclear no olvidó en ningún momento el tremendo peligro de poner en manos de los que pretenden gobernar (de los partidos sedientes de poder, de los magnates de la industria y las finanzas, y de los dirigentes autocráticos de las masas proletarias) el secreto de liberar una energía inconmensurable por la disgregación atómica. Ya que, por desgracia, los primeros que han utilizado sus fórmulas científicas y las de sus colaboradores y continuadores—como Enrico Fermi—fueron los hombres de guerra y no los hombres de paz. Antes que las milagrosas centrales de energía atómica para fines productivos, que aliviarían las penas humanas, los amos de los pueblos, con sus equipos de sabios deshumanizados y de técnicos fríos e implacables como unos robots, han realizado las bombas atómicas—[Hiroshima, Nagasaki]—y siguen en una irracional carrera de armamentos, la fabricación de bombas mucho más potentes, y quién sabe más... (1).

Einstein advirtió a los gobernantes y a los falsos sabios a sus órdenes, el peligro que reside para todos, amigos y enemigos, en el empleo de la energía termonuclear, cuya fuerza destructora no siempre puede ser refrenada. La guerra atómica no conoce el frente que separa a los beligerantes; vencedores y vencidos son igualmente amenazados. No sólo la cultura de la civilización, sino pueblos enteros, continentes enteros, la vida misma con sus elementos naturales puede desaparecer de esta tierra si los gobernantes irresponsables siguen ocultando la horrenda verdad y, sobre todo, si los hombres, desde los trabajadores manuales hasta los intelectuales esclarecidos, confían su destino en manos de unos supuestos dirigentes. Esta advertencia de Einstein es su verdadero testamento; es el grito de alerta del mago, cuyos malos aprendices le han robado la fórmula que abre los diques, pero no saben otra fórmula que pueda refrenar la catarata de las aguas que arrastran y ahogan todo.

Esta otra fórmula, ¿quién de los humanitaristas la puede ignorar? Intuitivamente, la conoce cualquier hombre, por humilde o ignorante que sea. Es el amor a los prójimos. Es,

(1) Enrico Fermi también abandonó su país, Italia, por no encontrar ni la libertad ni los medios de investigación durante el gobierno dictatorial de Mussolini. En los Estados Unidos, siguiendo la ruta abierta por Rutherford, Planck y Einstein, logró «hacer controlable y utilizable la inmensa energía desencadenada mediante la disgregación del átomo». Pero los otros, los militares, se aprovecharon del método de la «fisión atómica». Y el sabio Enrico Fermi, buen hombre, buen padre, que a su muerte, ocurrida en 1954, quiso—igual que Einstein—«el mínimo de rumores y de pompa», es considerado, no obstante, como el constructor de la bomba atómica. Esta ha sido la tragedia secreta de su vida. Es cierto que él también, como otros investigadores americanos que se resistían a las incitaciones de los industriales belicosos, no quiso trabajar «para la muerte», sino ayudar a los hombres libertarse mediante la energía atómica de su miseria y sus penas. (Cf. «Volontà», Nápoles, núm. 8, diciembre 1954.)

en una palabra, ¡la Paz! Los argumentos de Einstein contra la guerra concuerdan con los de todos los individuos sensatos, pero son reforzados por su prestigio moral, de sabio, para el cual la vida es sagrada, de creador de valores culturales que deben conservarse para el progreso de la humanidad. Sus llamadas han sido recopiladas en un libro: «La lucha contra la Guerra» (por Alfred Lief, ed., Nervio, Buenos Aires, 1933).

EL PACIFISTA.

Numerosas son las cartas y los mensajes que Einstein ha dirigido a las organizaciones pacifistas y a sus congresos internacionales. Si ha apoyado las propuestas de desarme, tantas veces fracasadas en las reuniones de la Sociedad de las Naciones, de la O.N.U. y de varias conferencias diplomáticas, ha sostenido con firmeza, con devoción, los movimientos independientes, las agrupaciones activas, consagradas al pacifismo integral y a la defensa de los «objetores de conciencia», a todos aquellos que se niegan a emplear la violencia en las relaciones entre individuos y entre los pueblos. El verdadero pacifismo no es unilateral, una mera actitud sentimental, un testimonio de buena voluntad. Quien pronuncia la palabra «paz», debe convertirla en acción. En 1930, cuando emprendí mi encuesta mundial acerca de los «Camino de la Paz», preconizando la creación de una Internacional Pacifista apolítica, constituida por todos los movimientos del pacifismo integral, Alberto Einstein me escribió una carta que expresa claramente su pensamiento. Héla aquí:

«Una unión apolítica de todas las agrupaciones pacifistas es tan importante como difícil de realizar. Tal iniciativa podría tener éxito solamente si fuera auspiciada por las más prominentes organizaciones existentes. Para llegar finalmente a la unanimidad, ya sería necesario limitarse estrictamente a la finalidad puramente pacifista. Pero en este dominio tan restringido se impone el deber de una actitud radical (la obligación de negarse a todo servicio concerniente a la guerra). Pues aquel que no manifiesto la firme voluntad de aceptar para sí mismo algún riesgo, no tiene ningún valor como compañero de lucha».

Esta suprema Internacional Pacifista ya está en vía de realizarse, a pesar de lo que un sociólogo llama «Internacional sangrienta de la industria de armamentos». Una sola vez, Einstein vaciló. Fue en 1933, cuando el régimen nazi desencadenó la persecución política y racial, el imperialismo chovinista, la barbarie de un totalitarismo obscurantista que ha sido derrotado en la segunda guerra mundial. Pero en aquel año, Einstein, prófugo de Alemania como tantos otros, levantó su voz en contra del terror hitleriano y declaró, de paso por Bélgica, que si él fuese ciudadano de ese país tomaría las armas, en el caso de una nueva invasión alemana, para salvar a la civilización contra la barbarie. Esta declaración no es una renuncia a su pacifismo activo, sino un exasperado grito de alerta contra los regímenes de opresión, que se multiplicaban en Europa, de un país a otro, con todos sus estragos políticos, económicos, culturales. Se dirigió especialmente a los intelectuales, cuyo deber consiste en negarse a cooperar en las empresas que violan los derechos del individuo. Esto es tanto más necesario contra todas las formas de inquisición, relativas a la vida privada y a la afiliación política de los ciudadanos. Se sabe que Einstein se ha expresado del mismo modo en 1954, en los Estados Unidos, donde ha encontrado un refugio tan hospitalario, pero donde empezaron a manifestarse los peligrosos métodos de coerción conocidos bajo el nombre de «macarthismo». La tiranía es repudiable en todas partes, bajo todas sus máscaras,

Eugen RELGIS

(Termina en el próximo número.)

VIDAS EJEMPLARES

JOSEPH ISHILL

I



E conocido en mis numerosos viajes por los Estados Unidos a una cantidad de personas de diversos campos; éste sería el lugar para mencionarlas, pero es tal su número que no es posible por eso mismo hacerlo. Sin embargo, debo hablar de un hombre que ha sido en Europa muy querido por viejos camaradas, como Max Nettlau, Jean Grave, Errico Malatesta, Sofia Kropotkin, Paul Reclus, V. Tcherkesof, Thomas Keell y algunos otros. Pero me parece que su obra ha sido más apreciada por aquellos compañeros que por los propios camaradas de América. Me refiero a Joseph Ishill, uno de los hombres más extraordinarios que encontré en mi vida. Mi amigo Ishill es en sí un capítulo del movimiento libertario, un hombre que en el curso de su vida ha realizado un trabajo único en su especie. Joseph Ishill es un solitario, cuyo nombre se conoce en nuestro círculo íntimo desde hace muchos años, pero que con los grupos tuvo pocas relaciones; se siente más a gusto cuando puede seguir sus propias inspiraciones y no es molestado por ninguna intervención de afuera. En su caso ha sido muy posible, pues se dedicó a una tarea en la que los demás poco podían ayudarle, porque desempeñaba su principal papel con su gusto personal y su arte de la ejecución tipográfica. Lo que en este trabajo asombra tanto es que se trata de la obra de un solo hombre, ayudado en la selección de su material por algunos de nuestros viejos camaradas y por escritores famosos y artistas de Europa y América con singular predilección, pero al que quedaba completamente la ejecución técnica, la edición y a menudo también la redacción de las introducciones a las diversas obras.

II

Joseph Ishill nació el 11 de febrero de 1888 en la ciudad rumana de Botshani. Eran sus padres pequeños granjeros que se abrían paso laboriosamente en la vida merced a un duro trabajo. En sus años jóvenes estuvo ocupado su padre como tenedor de libros en la finca de un «boyar» rumano, pero abandonó luego su empleo voluntariamente para dedicarse a la agricultura. Tuvo así muchas

dificultades mayores, pero era dueño de sí mismo y se sentía más independiente que en su empleo anterior. Los tres hijos, dos muchachos y una niña, según me contó Ishill mismo, disfrutaron en su juventud de una libertad casi ilimitada.

Cuando Joseph llegó a los catorce años, trabajaba de tipógrafo en una pequeña imprenta de Botshani. Por aquel tiempo también se despertó su primer interés por la literatura. Escribió pequeños artículos o efectuaba traducciones del alemán y el idisch, pero por su propio gusto. Un movimiento que hubiese podido atraerle, no existía por entonces en aquella comarca y así utilizó el tiempo libre casi exclusivamente en su propia formación. En 1907 ya actuaba Ishill como redactor de un periódico en idioma rumano que se llamaba EL JUDIO ERRANTE, del que sólo aparecieron unos pocos números. En el mismo año escribió también sus EPISODIOS BALCANICOS, sucesos tristes que él mismo había experimentado. Poco después de la desaparición de su periódico, se dedicó por entero a la peregrinación. En 1908 lo volvíamos a encontrar en Bucarest, donde conoció a Panait Musoiu, el primer anarquista rumano con quien tropezó y que publicaba en aquel tiempo la REVISTA IDEEI. Ishill se sintió inmediatamente atraído por Musoiu y el pequeño círculo que se había agrupado a su alrededor y conoció de ese modo las ideas del anarquismo y los acontecimientos del movimiento anarquista en Europa. Ha conservado de Musoiu un buen recuerdo y me escribió en 1950 una larga carta de la que tomo el siguiente pasaje, pues podría tener también un interés histórico para los compañeros de otros países:

«Misoiu era una de las inteligencias más sutiles que teníamos en Rumania y, para ser del todo honesto, quizás el UNICO anarquista de importancia que ha producido Rumania... Conoci en el círculo íntimo de Misoiu a un gran número de personas, entre ellas algunas que emigraron a América, aun antes que yo. Algunos han tomado después otro camino en la vida, pero habían actuado sin embargo como anarquistas. Poseo una lista de esas personas, que Misoiu me envió en 1910, cuando yo estaba ya en los Estados Unidos, a fin de recoger el dinero de la suscripción para su revista, que algunos hacía años que no pagaban. Entonces, varios de esos viejos camaradas rumanos se interesaban por el movimiento; hoy no se interesan ya.

«Misoiu no tuvo probablemente nunca la necesidad de

llevar a las masas del pueblo sus ideas filosóficas. Era, según toda su esencia, más apropiado para académico que para propagandista. Su estilo literario pertenece a lo mejor que se haya escrito en idioma ruso. Estaba sin duda mucho más capacitado para profesor de literatura rumana que muchos otros profesores que he conocido. Conocí incluso algunos altos funcionarios del Estado, entre ellos el presidente de ministros Take Jonescu, que eran lectores regulares de la REVISTA IDEEI. Pero no me acuerdo de un solo obrero que haya leído la revista.»

III

En noviembre de 1909 llegó Joseph Ishill a los Estados Unidos, donde debía desarrollarse su verdadero campo de trabajo. Buscó al comienzo una actividad que pudiera satisfacerle interiormente y procuró adhesión espiritual en donde quiera que se le ofreció. En aquel tiempo el movimiento libertario norteamericano había llegado a un punto culminante, que volvió a reducirse lentamente después de la primera guerra mundial. Ishill, que se interesaba mucho por todos los acontecimientos del movimiento libertario, no perteneció, sin embargo, a ningún grupo determinado. Concurrió a todas las conferencias de Emma Goldman y de otros en Nueva York y era muy asiduo al FERRER CENTER, que disponía por entonces de buenos oradores y sostenía también una ESCUELA LIBRE. Tan sólo cuando esa asociación resolvió en el invierno de 1915 comprar en los alrededores de Nueva York un trozo de tierra para fundar allí una colonia, donde la escuela debía disponer también de un hogar, se adhirió Ishill al grupo, pues se trataba de un trabajo que le interesaba realmente. Así se convirtió en uno de los primeros propulsores de la STELTON COLONY y edificó allí con sus propias manos una casita desde los cimientos hasta el techo. Allí vivió con su mujer, la poetisa Florence Freeman, que bautizó a su hogar con el nombre de PEQUEÑO NIRVANA.

La Escuela Ferrer de Stelton no sólo se había propuesto por misión educar a sus niños en un espíritu libre y sin dogmas, sino también enseñarles diversos trabajos manuales como la tejeduría, la confección de pequeños objetos de arcilla y madera, que podían contribuir a desarrollar su gusto personal y sus inclinaciones particulares. Entre los niños mayores había también algunos que se interesaban por los trabajos tipográficos, y como la Stelton Colony disponía de una pequeña imprenta, se encargó a Ishill que transmitiese a los niños los primeros rudimentos del arte gráfico. Bajo su dirección publicaron los niños una pequeña revista mensual que escribían, componían e imprimían por sí mismos. Ishill encontró en ese trabajo gran satisfacción y lo consideraba como un BUEN RESULTADO. Tenía todos los motivos para ello, pues la pequeña publicación proporcionaba a menudo visiones sorprendentemente profundas del pensamiento y el sentimiento de los niños, que crecían bajo su dirección y podían entregarse libremente en un ambiente libre a sus inclinaciones naturales.

IV

Fué en Stelton donde Ishill puso la piedra fundamental de la obra ulterior de su vida: la iniciación de una larga serie de ediciones privadas de obras, con la más gran comprensión tipográfica, surgidas casi todas de su propia elección y de las cuales sólo se imprimían muy escasos ejemplares. La primera de esas ediciones, THE BALLAD OF READING GAOL, de Oscar Wilde, apareció en 1916 en Stelton, con

un prefacio especial de Frank Harris. En Stelton aparecieron también IRIS - HART - SOME STRANGE SONGS ABOUT WHAT NO MAN MAY SAY, A GUESSWORK FOR ARTISTS IN LOVE, de J. William Lloyd y las dos colecciones de poesías RAIN AMONGS THE BAMBOOS y PETAL BROWN ADRIFT, de Rose Florence Freeman. Todas las otras ediciones aparecieron en Berkeley Heights, Nueva Jersey, en donde Ishill se estableció en 1919, en parte como trabajos editoriales de la FREE SPIRIT PRESS y después de la ORIOLE PRESS, como llamó Ishill a su propia editorial desde 1926.

Fué en Berkeley Heights donde le visité por vez primera en el verano de 1926. Vivía con su familia en una muy modesta casa, en la cual había instalado, para sus propios fines, una imprenta particular, que para él significaba todo un mundo. Habitaba allí como un mago del arte gráfico. Dicha sea la verdad, he tropezado con pocos individuos que se hayan entregado con tanto amor y abnegación interior a su obra como este emigrante rumano que cumplía todas las tareas, desde la más elevada a la más simple, acosado siempre por el anhelo de crear lo mejor con los medios más modestos.

V

Tengo ante mí un catálogo de sesenta y seis obras que publicó Ishill en su editorial desde 1916 a 1944. Junto a pequeños escritos hay entre esas ediciones también un buen número de grandes obras como el magnífico libro PETER KROPOTKIN - THE REBEL, THINKER AND HUMANITARIAN, que publicó Ishill en 1928, después de la muerte de Kropotkin, y para el cual habían entregado contribuciones casi todos los viejos amigos del revolucionario ruso. De las ediciones mayores cabe mencionar aun aquí: ELISEE AND ELIE RECLUS: IN MEMORIAM, con artículos de Kropotkin, Elie Faure, Jean Grave, Havelock Ellis, Max Nettlau, Jacques Mesnil, Patrick Geddes y muchos otros; STORIES AND ESSAYS, de Mrs. Havelock Ellis; HAVELOCK ELLIS: IN APPRECIATION, con artículos de Elie Faure, Bertrand Russell, H.L. Mencken, Henry Nevison, Henri Barbusse, Clarence Darrow y otros; CUM GUANO: VERSES AND EPIGRAMS, de Henry S. Salt; PLANT PHYSIOGNOMIES, de Elias Reclus, un manuscrito inédito hasta entonces del autor, con anotaciones bibliográficas de Paul Reclus; THE LIBERTY OF THE PRESS, de Harry Weinberger; VAGABONDING DE LUXE - A JOURNAL OS CAREFREE DAYS AROUND THE WORLD, de Winfred Carmer Marburg; MUTED VOICES, de Eugen Relgis; NEW CONCEPT OF LIBERTY FROM AN EVOLUTIONARY PSYCHOLOGIST, de Theodore Schroeder; KANGA CREEK - AN AUSTRALIAN IDYLL, de Havelock Ellis.

Todas estas ediciones son obras maestras de la estética tipográfica, impresas con tipos especiales y adornadas con rico material gráfico y dibujos de artistas famosos. Además de las grandes obras, publicó Ishill toda una serie de pequeños escritos de conocidos libertarios y de poetas como VOLTAIRINE DE CLEYRE, de Emma Goldman; THE GREAT KINSHIP, de Eliseo Reclus; WHY I AM AN ANARCHIST?, de Benjamin R. Tucker; WILLIAM MORRIS AND THE ARTS AND CRAFTS, de Holbrook Jackson; WITH THE NORTH - WEST WIND, de R.B. Cunningham Graham y un tributo de Edward Carpenter: IN MEMORIAM, CHICAGO NOVEMBER, una cantidad de poesías inéditas de Dyer D. Lum, con una introducción

de Voltairine de Cleyre; *THE SOVERREIGNITY OF THE INDIVIDUAL*, de Stephen Pearl Andrews; *THE MALTIANS*, de P.J. Proudhon; *FRANS MASEREEL*, de Jacques Mesnil, y muchos otros. Todos estos títulos fueron editados con la misma presentación esmerada.

VI

Pero lo más asombroso es que Ishill ha compuesto por sí mismo todas sus obras y las ha impreso en una vieja prensa, sin recurrir nunca a ayuda ajena. Empero es también maravilloso el hecho de que ha realizado todo ese trabajo enorme sin pensar jamás en ganarse de ese modo la existencia. El pan cotidiano para él y para su familia lo ganaba en Nueva York, donde estuvo ocupado muchos años en una imprenta. Como vivía fuera de la ciudad, tenía que partir por la mañana temprano para Nueva York y volver de noche a casa. Esa estupenda labor la hizo en sus horas libres, que empleó casi exclusivamente en su gran obra, que tan vivamente le interesaba. Como concebía él mismo su tarea, se desprende de una carta que dirigió en diciembre de 1945 a Will Ranson, el autor del libro *THE HISTORY OF THE PRIVATE PRESSES IN THE U.S.A. AND ENGLAND*. Por entero hubiese preferido reproducir aquí dicha carta, que Ishill puso a mi disposición, pero es por desgracia demasiado larga para este lugar. No obstante, debe mencionarse aquí un pasaje que pinta el carácter de este hombre:

«He deseado a menudo estar en mejor situación material para competir con otros por medio de nuevos impresos. A pesar de que he permanecido hasta hoy como un ser humilde, estoy sin embargo orgulloso porque en todos los años de luchas y de labor, nunca he admitido ayuda ajena para satisfacer el mercado o la de algún MECENAS DEL ARTE. Quise siempre vivir mi propia vida y crear solamente cosas que correspondían a mi gusto. Tengo que confesar que es éste un duro camino, pero es un camino honesto y tengo el propósito de terminar así mis días.»

Hace falta mucho valor moral para conformar la vida de acuerdo con principios tan austeros en un mundo como el nuestro. Sólo un hombre a quien ante todo importa su misma obra y no el beneficio comercial, es capaz de proseguir en semejante ruta. Y mi amigo Ishill es el hombre que puede hacer eso. Nunca hizo concesiones a las circunstancias eventuales y nunca sintió vacilar sus principios. Ha ejecutado en su imprenta privada algún trabajo para escritores de Inglaterra y de América, pero lo hizo sólo cuando se trataba de producciones literarias que le eran simpáticas y que no molestaban a su conciencia.

VII

Joseph Ishill actuó también como redactor y editor de revistas libertarias. En 1918-19 publicó junto con su compañera una pequeña revista literaria, *THE NEW SPIRIT*, de la que sólo aparecieron cinco números. En 1925 hizo un nuevo ensayo y publicó con Hippolyt Havel *OPEN VISTAS*, en Stelton, de la que sólo vieron la luz seis números. El mejor éxito lo tuvo con su revista *FREE VISTAS - AN ANTHOLOGY OF LIFE AND LETTERS*, de la cual existen dos gruesos volúmenes, que aparecieron en la editorial ORIOLE PRESS; el primer volumen es de 1933 y comprende 376 páginas; el segundo es de 1937 y tiene el mismo formato. También en la edición de sus revistas fué inspirado Ishill por los mismos principios que en el resto de

las ediciones. Son obras maestras del arte tipográfico y fueron destinadas tan sólo a un pequeño círculo de lectores. Especialmente *FREE VISTAS* contiene una cantidad de artículos de conocidos representantes del anarquismo de todas las tendencias y además valiosas contribuciones de escritores liberales conocidos en la literatura moderna, como también numerosos suplementos artísticos de John Buckland Wright, Louis Moreau, Georges Durand, Raoul Dufy, Maurice Dukalet, Walter Crane, William Blake y muchos otros.

VIII

El trabajo extraordinariamente valioso que Joseph Ishill ha realizado desde hace decenios, tuvo un notable descenso durante los últimos tiempos, debido a dificultades personales y a la grave enfermedad de su compañera que contribuía valiosamente en la obra editorial, especialmente con sus originales y traducciones. En Europa la obra de Ishill fué estimada en nuestra prensa con caluroso reconocimiento, antes de la segunda guerra mundial, por algunos compañeros conocidos. Pero de aquellos camaradas hoy viven muy pocos y para la nueva generación, que ha crecido en el infierno de la guerra y del fascismo, Ishill es casi desconocido. Y también en América ha caído sobre él el manto del olvido, a causa de un periodo tan convulsionado como el actual. Sin embargo, es una satisfacción para mi viejo amigo, que justamente en los últimos años, expertos famosos de la estética tipográfica hayan prestado atención a su trabajo. Así Will Ranson, autor de la obra *PRIVATE PRESS AND THEIR BOOKS*, ha dedicado a Ishill en 1946, más de ocho páginas en ella, y desde el 1. al 25 de marzo de 1950, la biblioteca de la Universidad Rutgers en Nueva Brunswick (Nueva Jersey), ha hecho una exposición especial de obras tipográficas editada en el curso de los años por la ORIOLE PRESS, causando una impresión muy favorable.

IX

Joseph Ishill no será olvidado. Ha mostrado lo que es capaz de hacer un hombre solo, cuando posee capacidades creadoras y gran fuerza de voluntad. Ishill vive en su obra, que es exponente de libertad y belleza, y por eso perdurará más allá de los límites de una vida humana.

Rudolf ROCKER

(Retraducción fragmentaria de un escrito de Rocker sobre Ishill hecha por Vladimir Muñoz.)

NOTA FINAL

Yo he tenido el gran placer de leer *FREE VISTAS* y deleitarme con su estética presentación tipográfica, lo mejor que yo he visto hasta la fecha y en tal aspecto. He sacado, pues, del gran caudal de escritos de Rocker estas líneas sobre Ishill—ya publicadas en castellano en su biografía—para que puedan circular más ampliamente en lengua cervantina.

La última obra publicada por Ishill es *THE UMPUBLISHED LETTERS OF HAVELOCK ELLIS TO JOSEPH ISHILL* (Las cartas inéditas de Havelock Ellis a Joseph Ishill), con un ensayo introductorio de Ishill. (Ed. ORIOLE PRESS, Berkeley Heights, Nueva Jersey, Estados Unidos). Editada en noviembre de 1954, contiene 236 páginas y diez ilustraciones, encuadrada, compuesta a mano, impresa con esmerado papel y de edición limitada a 125 ejemplares. (Fuera de comercio.) V. M.

ORWELL y el anarquismo

George Orwell creo no necesita presentación entre los españoles, ya que nadie mejor que él mismo se dió a conocer tanto por su presencia entre nosotros como por sus escritos acerca de nuestra guerra y su activa participación en la misma.

En diferentes periodos de su vida, por su forma de ser, de hablar y de escribir, ha sido catalogado en varios índices y barnizado con infinidad de colores, pero a mi parecer ninguna de estas posiciones endosadas a G. Orwell sería capaz de resistir un examen minucioso que justificara tal aserción. Y esto es lo que el compañero C.W., en el ensayo que traducimos, se propone hacer por lo que respecta al calificativo de anarquista que le ha sido asignado a G. Orwell en muchas ocasiones.

J. R.



CUANDO comencé el primero de los dos libros recientes sobre George Orwell, un lector me escribió para expresar su sorpresa al verme citar, de una forma que implicaba desacuerdo, la descripción de V. S. Pritchett sobre Orwell como un anarquista. Nuestro corresponsal no abrigaba la menor duda de que Orwell era un anarquista por «naturaleza», y yo creo que esto es verdad en el sentido moral de la frase, ya que Orwell, en su niñez, adquirió, y nunca perdió, un odio a la autoridad. Pero anarquismo es una palabra que ha llegado a significar más que eso, aunque puede significar cualquier cosa desde un individualismo económico no fácilmente discernible de las opiniones de Sir Ernest Benn o incluso de Sir Waldron Smithers, al colectivismo económico de Kropotkin que puede ser descrito más o menos como un «socialismo sin Estado».

Creo que no es necesario ponerse a «demostrar» que Orwell era anarquista, en el sentido que los comunistas reclaman a William Morris y a otros que están muertos y que no pueden responderles. En la forma que esta se desarrolla es ésta: «X es bien conocido, admirado y posee un cúmulo de ideas aceptables. Nosotros también tenemos ideas aceptables. Luego X es uno de los nuestros y asociando su nombre con nuestras ideas las daremos a conocer bien y las haremos admirar mejor». Esto en lógica es falso y de hecho deshonesto.

De todas formas es interesante, y no sin valor desde que sus ideas políticas han sido ampliamente mal interpretadas, sin duda a través de citas de sus propios escritos, la evolución de sus actitudes sociales y políticas.

Orwell era hijo de padres anglo-indios pertenecientes «a la parte baja de la clase media superior» y su educación empezó en una escuela preparatoria a la moda, donde ganó una beca para Eton. En su primera escuela sintió,

por las normas que regían allí, un sentido de culpabilidad y de inevitable fracaso, pero:

«Hasta una criatura débil, fea, cobarde, maloliente e injustificable en sentido alguno, desea vivir y ser feliz a su manera. Yo no podía invertir la escala de valores o convertirme yo mismo en un éxito, pero podía aceptar mi fracaso y sacar el mejor partido de ello. Podía resignarme a ser lo que era y después tratar de sobrevivir en esos términos». (1)

Esto le condujo a rebelarse:

«En esta época me era imposible ver más allá del dilema moral que se le presenta al débil en un mundo gobernado por el fuerte: Romper con las reglas o perecer. No vi que en ese caso el débil tiene derecho a forjarse para sí mismo un conjunto de reglas diferentes, porque, aunque tal idea se me hubiese ocurrido, no había uno a mi alrededor que hubiera podido apoyarme... Mi situación era la de infinidad de chicos, y si potencialmente yo era más rebelde que la mayoría, era solamente porque, para la muchachada standard, representaba una pobre muestra. Pero nunca me rebelé intelectualmente, sólo emocionalmente. No tenía nada que me ayudara, excepto mi mudo egoísmo, mi incapacidad (no en realidad para despreciarme a mí mismo, sino para aborrecerme) mi instinto de sobrevivir». (2)

«Cuando Orwell estaba en Eton al final de la Primera Guerra Mundial, nos dice Mr. Christopher Hollis (3), aquellos de nosotros que éramos entonces más antiguos en el sexto grado y estábamos en posición de imponer nuestra voluntad en política, introdujimos en ese periodo lo que pensábamos ser un régimen nuevo y liberal sin castigo... Existía una forma de anarquía en circulación a través del Colegio en ese tiempo. Nosotros, todos, íbamos de un sitio para otro inquiriendo sobre las leyes de Dios y del Hombre, y Orwell estaba bien dentro de la moda. En realidad, él era uno de los líderes notables de ella..., en esta rebelión contra la autoridad existía una clase de sinceridad obstinada y puritana... Puede ser (yo no lo sé), que algunos de los maestros creyeran que él era un peligro serio, cuando el resto de nosotros significábamos meramente simples estorbos». A este periodo pertenece la célebre observación de Cyril Connolly (4): «Yo era un rebelde de teatro, Orwell lo era de verdad». Orwell mismo escribió:

«... a la edad de diecisiete o dieciocho años, yo era ambas cosas, un snob y un revolucionario, estaba en contra de toda autoridad. Había leído y releído las obras publicadas de Shaw, Wells y Galsworthy (en esa época todavía consideradas como obras peligrosamente «avanzadas», y débilmente me describía a mí mismo como socialista. Pero no tenía gran idea de lo que el socialismo significaba, ni noción de que la clase trabajadora eran seres humanos». (5).

Así él recibió una gran sorpresa cuando, al año siguiente, vió, en el barco que le conducía a Burma, a un marinero escurrirse con un flan a medio comer de las mesas de los pasajeros:

«... ¿parece que exagero cuando digo que la súbita re-

velación de la brecha entre función y recompensa (la revelación de que un hábil artesano que literalmente llevaba todas nuestras vidas en sus manos, se alegraba de robar un poco de comida de nuestra mesa), me enseñó más que lo que podía haber aprendido leyendo media docena de panfletos socialistas?»

Cuesta trabajo pensar que Orwell hubiese creído alguna vez (6) que el ser un policía imperial era una ocupación adecuada para él. Cuando estaba en Burma, su mente se hallaba dividida, «entre mi odio al imperio que servía y mi rabia contra las bestias que trataban de hacer mi trabajo imposible» (7). Su reacción final es bien conocida:

«Ví una vez colgar a un hombre; esto me pareció mucho peor que mil crímenes. Nunca fui a prisión sin el presentimiento (la mayoría de los visitantes a una cárcel sienten lo mismo) de que mi lugar estaba al otro lado de los barrotes. Pensé entonces (pienso ahora sobre esa cuestión) que el peor criminal que haya existido es moralmente superior al juez que le manda colgar» (8).

Sus emociones le condujeron a conclusiones anarquistas que su razón rechazó:

«Al final me forjé una teoría anárquica de que todo gobierno es malo, que el castigo hace siempre más daño que el crimen y que se puede confiar en que la gente se conducirá en debida forma si se le dejar hacer su voluntad. Esto, naturalmente, era una tontería sentimental. Veo ahora, como no vi entonces, que es necesario siempre proteger de la violencia a la gente pacífica» (9).

La decisión, cuando volvió, de compartir los sufrimientos de los más pobres, nos ha sido expuesta por críticos literarios como una cosa que va del puro masoquismo a la influencia del misticismo del Este o una falta de sentido histórico, de forma que vale la pena citar su propia explicación sobre ello.

«Cuando viene a casa con permiso en 1927, estaba ya medio determinado a dejar mi colocación y un soplo de aire inglés me hizo decidir. Yo no iba a volver allá a ser una parte de ese mal despótico. Deseaba algo más que meramente escapar a mi colocación. Durante cinco años había sido parte de un sistema opresivo y éste me había dejado con un mal sentimiento. Infinidad de memorables caras; caras de presos en el puerto, de hombres esperando en las celdas de condenados, de subordinados a quienes yo había intimidado y de viejos campesinos a quienes había tratado con aspereza; de sirvientes y coolies a quienes había golpeado con mis propios puños en momentos de rabia (casi todo el mundo hace estas cosas en el Este, al menos ocasionalmente: los orientales pueden ser muy provocadores) me han perseguido cruelmente. Sentía en mí un peso de culpabilidad que tenía que expiar. Supongo que eso parece exagerado; pero si durante cinco años realizáis un trabajo que detestáis completamente, probablemente sentiréis lo mismo. Yo había reducido todo a la simple teoría de que el oprimido tiene siempre razón y que el opresor no la tiene nunca: una teoría equivocada, pero el resultado natural de ser tú mismo un opresor. Me daba cuenta de que había de escapar no meramente del imperialismo, sino de toda forma de dominio del hombre sobre el hombre. Quería sumergirme yo mismo, llegar al fondo entre los oprimidos, ser uno de ellos y estar a su lado contra los tiranos. Y principalmente porque había tenido que pensarlo todo en la soledad, había llevado mi odio de la opresión extraordinariamente lejos. En este tiempo el fracaso me parecía ser la única virtud. Toda sospecha de pro-

greso propio, incluso «triunfar» en la vida hasta el extremo de hacer unos cuantos cientos (de libras esterlinas) al año me parecía espiritualmente feo, una especie de fanfarronería» (10).

Pocos escritores han hecho un estudio tan cerrado y continuo de la pobreza como Orwell en sus primeros libros, pero como él dice, «en esa época yo no tenía interés en el socialismo ni en ninguna teoría económica. A mí me parecía entonces (tocante a esa cuestión, aún me parece ahora) que la injusticia económica terminaría en el momento en que quisiéramos nosotros y no antes, y si verdaderamente queremos que cese el método adoptado no importa mucho». Sólo fué en 1936 cuando él se decidió a mostrar claramente sus propios sentimientos sobre el socialismo político. El escribe que sus experiencias en Burma y entre los «oprimidos», «... incrementaron mi odio natural contra la autoridad y me mostraron claramente, por primera vez, la existencia de la clase trabajadora, y el empleo en Burma me dió cierta comprensión de la naturaleza del imperialismo; pero estos conocimientos no fueron suficientes para darme una orientación política apropiada. Después vino Hitler, la guerra civil española, etc. Al final de 1935 aún no había acertado a tomar una decisión firme» (11).

Esta fué la época en que Victor Collanz le encargó escribiera un libro sobre una de las angustiadas regiones del norte de Inglaterra. La segunda parte de este libro estaba dedicada a un ataque sobre la frivolidad e hipocresía de la conducta de muchos socialistas ingleses desde los «fugaces Cuáqueros» a los «Bolcheviques de salón».

«El socialismo, al menos en esta isla, no huele más a revolución y a destronamiento de tiranos; huele a chifladura, a trabajos de máquina y al estúpido culto a Rusia. A menos que hagáis desaparecer tal olor, y muy rápidamente, ganará el fascismo» (12).

El fascismo, «un mundo de conejos gobernados por armiños», dijo, es contra lo que tenemos que combinar. Pero el antifascismo no es un objetivo positivo. ¿Para qué podemos unirnos entonces? Orwell contestó en 1936:

«La sola cosa por la cual podemos unirnos es por el ideal fundamental del socialismo: justicia y libertad. Pero ello no es bastante fuerte para llamar a éste ideal «fundamental». Se halla casi olvidado por completo. Ha sido enterrado bajo *capa sobre capa* de pedantería doctrinaria, de pendencias de partido y de «progresismo» a medio cocer hasta que ha llegado a ser un diamante escondido bajo una montaña de estiércol. La tarea de los socialistas es la de sacarlo de esa montaña. ¡Justicia y libertad! Esas son las palabras que tienen que sonar como un clarín a través del mundo» (13).

G. M.

(Continuará.)

1 y 2. *Such, Such Were the Yoys* («Partisan Review», Sep-Oct. 1952).

3. B.B.C. (Esta charla se publicó en «The Listener» de una de las semanas de marzo 1954) 1-3-54.

4. Cyril Connolly: *Enemies of Promise* (1938).

5. 8, 9, 10, 12 y 13. *The Road to Wigan*.

6. *Tribune* 3-1-1954.

7. *Shooting an Elephant* (New writing N.º 2, Autumn 1936).

11. *Why I write*. (Gangrel N.º 4, 1947.)

Cuaderno de Bitacora

Alberto GHIRALDO



O había crecido con la superstición de un mosquetero tallado, vigoroso, de grandes y afilados bigotes, con voz de trueno y ademán estatuario. El autor de «Yanquilandia bárbara», el terrible novelista de «Humano ardor», el poeta libertario digno de Almafuerte y de Angel Falco, debía ser así. Una tarde llamaron a mi oficina de «Ercilla». Un hombrecillo ligeramente curvado de espalda, de ojos claros casi transparentes, el bigotillo rubio y retorcido, la peluca larga, rubia blanqueante caída sobre el cuello duro. La voz, repito, no me había defraudado. «Soy Giraldo», me dijo, zumbando hartito la «GH», como una «Ye» a lo argentino. Traía bastón bajo el brazo. La mano se tendía sin dobleces. Comenzamos a hablar...

Giraldo, de regreso de la gloria literaria, amigo íntimo de Rubén Darío, de Gómez Carrillo, de Fombona, de Ugarte, de Palacios, de Lugones, del gran don Benito Pérez Galdós, de Pérez de Ayala, de Pi y Margall, de Unamuno, de Francisco García Calderón, de cuántos y cuántos, Giraldo regresaba a la bohemia, a la peor bohemia de todas, la pobreza de la ancianidad. Me dió vergüenza por sí mismo, por mi gente, por mi América. Giraldo no se percataba de mi actitud, de mi sonrojo. Proponía ediciones, tejía recuerdos, hablaba con acento fuerte, tajante, y ¡yo que conocía sus entretelones! Porque Laureano Rodrigo, su paisano y piloto de «Ercilla», estaba decidido a ayudarle:

—Mi-mi-mire, Luí-Albeto—me dijo J. Laureano, el editor, tragándose las letras y duplicando las sílabas: e-e-este Giraldo merece ayu-ayuda. Es un hombre de cuerpo entero. Publiquémosle todo lo que-que-se pueda.

Por mis manos desfilaron escritos con una letra muy uniforme, grande, en cuartillas pequeñas (en esto se diferenciaban de las cuartillas de Joaquín Edward Bello), los originales de «El pensamiento argentino», «Cancionero libertario», «Cuentos argentinos», de Giraldo; «La novela en el tranvía», de Galdós; el proyecto de un novelín de Darío. No sé por qué se interrumpieron las relaciones con Giraldo. Ni por qué publicó en otra editorial de Chile (después de Losa, de Buenos Aires), «El archivo de Rubén Darío». Había estallado la guerra de España. Supe que Giraldo tenía un familiar muy cercano en Madrid o en Mallorca, no lo sé bien, y que esperaba ayuda del antecesor de América, ignorando que estaba más urgido de apoyo que cualquiera. Giraldo seguía viviendo, o yendo a almorzar, al Hotel Español, de la calle Merced, donde Eustaquio del Barrio, republicano de siempre, ejercía un patronazgo que pretendía disputarle Augusto d'Halmar, también contertulio del restaurante. De mañana, Giraldo estaba en la libre-

ría «La Ocasión», calle de San Diego, donde el padre de los Torres Segura, sus actuales propietarios, congregaba a bibliófilos, anarquistas y republicanos españoles. Sin embargo, Giraldo había mudado de editorial. Lo sentí de veras.

Ya nos reuníamos a veces en el Portal Fernández Concha o en el Bulnes. Sobre todo cuando me retrasaba de noche. Giraldo, uno de los últimos caballeros de la capa y el trasnochador, tenía su «peña» en un cafetín en la esquina de Merced y Portal Bulnes, café al que se le denominaba significativamente «de la Pualá». Puañalá del viento nocturno, que resultaba en neumonías; puñalá de noherniegos belicosos y alcohólicos, por entre los cuales se deslizaba la capa con bastón de Giraldo, ya destituido del antiguo sombrero alón, hoy más modesto sobre su cabeza leonina.

La charla de Giraldo era de las más sabrosas. Saltaban a su verbo figuras de todo calibre. Y Madrid, y Buenos Aires. No quería volver a su ciudad, casi derrotado. La pobreza le había centuplicado el orgullo. Había peleado bravamente, planeando empresas ciclópeas. Aquella «Antología americana» en veinte tomos, de que salieron sólo cinco, y las obras completas de Darío, y las de Martín, y todo lo que fuese interminable, eso tentaba a Giraldo. No tenía gusto muy seguro, y su información daba saltos pero conocía de veras a fondo nuestro siglo XIX. Su anarquismo se había mantenido insobornable. Juraba como un discípulo de Kropotkin. Citaba Malatesta, Sorel, Matilde Seral. En cuanto a literatura, seguía atado a la memoria del Modernismo, y, sin embargo, él lo había sido sólo en cuanto al entusiasmo. Aunque admiraba a Rodó, su tono se acercaba más bien al de Vargas Vila. Profesaba la religión de la rebeldía. Recuerdo cómo se encandilaba cuando hablábamos de González Prada. Comprendo entonces que era uno de nuestros vínculos. Lo merodeamos multitud de veces.

Cuando yo conocí a Giraldo, éste se hallaba alrededor de los sesenta. Nacido en 1874, nos encontramos hacia 1934. Hablaba de la literatura y de la Justicia como quien menciona una novia, empero no desdeñaba guiñar el ojo cuando pasaba una buena moza. De noche, en primavera y verano, desprovisto de capa, se deslizaba sigilosamente por los barrios medianos, se le veía merodeando beldades tolerantes por la plaza de Santo Domingo, la calle Puente, la Plaza de Armas, todo eso en Santiago, y luego, se dirigía, bastón en ristre y un aria de zarzuela humeando bajo el rojizo bigotillo retorcido, al café de «La Puñalá», donde le esperaban los grandes amigos anarquistas y republicanos.

Así nos tratamos largo tiempo. Don Rodrigo Soriano, embajador de España, nos reunía a veces. Era don Rodrigo, según se sabe, un hombrón en toda la extensión de la

palabra. En estos días hemos estado hablando de él con otro valenciano, Julián Gorkin, y otro, Eubenio Fernández Granel, y con un vasco, Jesús de Galindez, y todos coincidían en apreciar sin regateos la estupenda personalidad de don Rodrigo. Pues Ghiraldo, y Torres Segura (bibliógrafo y bibliófilo eximio fué Soriano) acudían a menudo a la Embajada en la Avenida de las Delicias, a la que ahora llaman, espesamente municipal, de O'Higgins.

Después nos dejamos de ver. A menudo pregunté por él. Entre 1941 y 1946 me absorbieron viajes largos y deberes cortos, pero intensos. No supe a tiempo que en 1946, un invierno crudo se había llevado a Ghiraldo, en Santiago de Chile. Paseaba, como de costumbre, su amor a la noche, irreductible rebeldía, su lealtad a sus ideas y principios. Ni siquiera me he informado de si su entierro estuvo concurrido y por quiénes. Me imagino que no faltarian los españoles, ni los intelectuales chilenos. Pero, uno se equivoca a menudo en esta clase de profecías del pasado...

Nada casi ha quedado de la obra azeante de Ghiraldo. Sin embargo, la otra tarde andaba yo en busca de unos informes, y en la Biblioteca de la Universidad de Puerto

Rico, tropecé con su nombre en un fichero ad hoc. No pude resistir a la tentación. Llené mi papeleta y saqué a casa varios libros del gaucho bohemio. A medida que los leía veía surgir frente a mí su generosa figura. Su efigie de incansable trabajador de las ideas. Me sentí atribulado. Tuve la acre sensación del arrepentimiento, como si hubiese cometido una injusticia, y me volví sobre mis recuerdos a balbucear una excusa cuando asomara el de Ghiraldo. Después pensé que no bastaba. Y me vinieron a las teclas las cuartillas de este homenaje insuficiente, que trata de urgir a quien sea a rendir un homenaje bastante a la memoria y a la obra del amigo de Darío y de Galdós.

«Por tus obras te conoceré», dice la Escritura, y añadimos: y por tus amigos. El bohemio Ghiraldo pasó con su capa de Mefistófeles apagado, con sus bigotes de Aramis rubianco, con su melena de Jaymes Freyre, y su andar en-corvado y ligerito de gorrión en acecho: pasó. No de nuestro corazón ni de nuestro agradecimiento. No de su trunca victoria, de su innmerceda y llameante frustración.

Luis Alberto SANCHEZ

GOTAS DE ROCIO

92. Amo más la verdadera amistad que las mejores ideas. — ALAIN.

93. Tener una mala opinión del género humano y no desearle sin embargo ningún mal es tal vez la sabiduría más elevada y la virtud más alta que se pueda co cebir. — HAZLITT.

94. Entre nuestros amigos los hay que están en favor de una vida austera próxima a la naturaleza; hay otros que prefieren la existencia de las grandes ciudades y de los centros de cultura. Los hay que opinan por una alimentación vegetariana, otros son omnívoros. Entre ellos existen abstinentes y temperantes, pero hay también algunos que en este caso no quieren saber nada; los hay aun inclinados hacia el nudismo, la gimnasia, el «camping», etc., como también muchos a quienes nada de esto interesa lo más mínimo. Lo mismo en lo que concierne a la medicina oficial y naturista. Que cada cual, sin dificultar al prójimo se comporte como mejor le plazca. Lo he señalado muchas veces y bueno es repetirlo, pues a menudo se olvida, con el pretexto de jocuparse del bien de los otros! — E. ARMAND.

95. No hubiese sido necesario que la naturaleza haya hecho de cada individuo un ser «único» para que el espíritu gregario lo reduzca a una colección de semejantes. — J. ROSTAND.

96. Algunos hombres llaman «línea de conducta» a no sé bien qué manera de conducirse, unas veces a la derecha y otras a la izquierda. Son líneas con desvíos según la necesidad del tren. — F. OCHOTORENA.

97. (Para los niños). Una vez me encontré a un lindo enanito donde florecían los lirios. Le pregunté por qué era tan chiquito y por qué no crecía. Se enfadó levemente y contemplándome de la frente a los pies, así me dijo: —«Para mí soy tan grande, soy tan grande como tú lo eres para tí». — John KENDRICK.

98. En general, las mujeres corrientes detestan al que las cela sin ser amado, pero se sienten vejadas si el hombre por rellas amado se siente celoso. — María GASQUET.

99. Cread un idolo y os pondréis un yugo. — P. GUERRERO.

100. ¡Adelante oh pensamiento! ¡Leva anclas al instante! ¡Corta amarras! ¡Hala-hala todas las velas! ¿No basta de estar plattados ahí como árboles en la tierra? ¿No basta ya de revolcarnos ahí comiendo y bebiendo como brutos? ¿No basta ya de ofuscarnos y confundirnos a fuerza de vegetar como alimañas? ¡Hazte a la mar — navega sólo por aguas profundas! — Walt WHITMAN.



SIGLOS DE TORTURAS

Al lado de los martirizadores profesionales que se encargan de torturar a los otros, ¡cuántos individuos se atormentan a sí mismos, complaciéndose en el dolor, llamándolo y provocándolo! El dolor les procura cierto goce, sea por que se hagan fustigar hasta la sangre por una hetaira calzada con botas o sea por que se hagan patear el rostro a talonazos por la primera callejera que encuentran. Otros se hacen colgar en las casas hospitalarias, el cuerpo vestido con una cogulla. A otros les agrada que se les insulte y se les zarandee. Ciertas personas tienen extrañas manías; desean para que gocen que se les hunda alfileres en las nalgas o que se les coloque en el ombligo una costilla caliente.

El disfraz («travestitisme») que consiste vistiéndose de mujer si es hombre, en hombre si es mujer, es para quienes tienen esta pasión el objeto de mutilaciones voluntarias, como por ejemplo, del lado del hombre, la ablación del pene y de los testículos. Cada uno toma su placer en donde lo encuentra. ¡Llevar un cilicio y martirizarse es para algunos cristianos el camino más seguro para ir al cielo! En todas las religiones ha habido flageladores, que se han dado golpes de disciplina o que se han privado de comida para expiar sus pecados. Otros se mutilan para no ir a la guerra y evitar con ello más grandes mutilaciones. ¡Pero esto es otra historia!

Se puede dividir a los individuos en dos categorías: los que hacen sufrir a los otros, los sádicos, y los que aceptan sus sufrimientos por diferentes razones, o que no hacen ningún esfuerzo para liberarse de ellos: son los masoquistas, unos conscientes, otros que se ignoran.

Y puesto que acabo de escribir la palabra «sádicos», abramos una paréntesis, sobre el auténtico marqués Donatien de Sade, surgido en una familia de gentes bien pensantes, quien ha dado su nombre a lo que unos consideran como una perversión o una aberración del instinto sexual y a lo que otros ven como una simple fantasía, en donde el cerebro juega un rol mucho más importante que todo lo otro. El «divino marqués» («divin marquis») así llamado tal vez por que nada tenía de divino, se ha dedicado a las bufonadas que le ha atribuido la gente conformista de la época habiendo tenido interés en ensuciarlo para disminuir el alcance de sus escritos, que contienen todas las atrocidades mezcladas con el estupro que era usual en la buena sociedad de su tiempo. El caso es que su independencia de carácter y el desprecio de la opinión que tenía, le costaron el pasar una buena parte de su vida en la prisión, antes de terminar sus días en el hospicio de locos de Charenton (9), en 1814. Sus extravagancias lo habían hecho calificar de «degenerado desvergonzado» por sus contemporáneos.

Fué implicado en diferentes asuntos de costumbres más o menos tenebrosas, de las cuales nunca se sabrá la verdad. Veamos uno de esos asuntos, uno de los primeros, en 1768. Habiendo encontrado en la calle a una ramera llamada Rosa Keller la obligó a seguirle a una casita de Cachan, la encierra en el granero, la obliga a desnudarse, a pesar de sus protestas, amenazándola con un revólver en la nariz, la fustiga cruelmente, practicando en su cuerpo incisiones y luego curando las plagas con un ungüento la deja allí hasta el otro día. La infeliz intentó suicidarse arrojándose por la ventana. El quería, según parece, ¡disecarla viva! ¡Lo que era el colmo del sadismo! Notemos, sin embargo, que este monstruo no usó nunca con su esposa, que era el modelo de las esposas, y que lo adoraba, procedimientos de ese género. Su correspondencia nos lo muestra buen padre de familia y buen esposo. Confiesa ser «libertino» pero no «criminal». Sin duda, le agradaba mistificar a sus contemporáneos. En todo caso, no era un tipo ordinario.

Otro asunto, en 1772: el de un lupanar de Marsella en el cual, en compañía de su criado, hizo con las pensionistas del establecimiento, aterradas al conocer el nombre del «hombre que asesinaba a las mujeres», diferentes fantasías, entre otras, las de hacerle tragar una dosis de polvo de cantárida, lo que provocó la muerte de dos de ellas. A causa de este asunto fué perseguido por el crimen de «sodomia y envenenamiento». Pero salió del proceso sano y salvo, merced a sus altas protecciones. Sus enemigos han pretendido que en Charenton acogía a sus visitantes con propósitos groseros, al mismo tiempo que afectaba maneras distinguidas, y que se divertía, para pervertir a los pensionistas del hospicio, trazando en la arena figuras obscenas.

Verdadero o no, todo esto nos interesa menos que su obra, infinitamente rica desde el punto de vista documental. La mayoría de sus obras fueron compuestas en la cárcel, en Vincennes, en la Bastilla y en Charenton, en la segunda mitad de su vida. Cuando murió, la policía quemó sus manuscritos, pero sus libros, que figuran en la Biblioteca Nacional (10), relegados entre las publicaciones llamadas obscenas, en esa parte inaccesible al público que se llama el «Inferno» («d'enfer»), han podido ser salvados. Constituyen, novelas, cuentos, trovas, historietas, piezas de teatro, ensayos filosóficos, un verdadero monumento de literatura negra en el cual nuestro autor, que era un erudito de primera fuerza, ha reunido todo lo que ha podido recoger en sus lecturas como informaciones sobre la tortura, así como las observaciones tomadas sobre lo vivo que había hecho alrededor de él. Citemos sobre sus novelas y ensayos que los conformistas aprecian el valor literario, pero que

presentan cierto interés desde el punto de vista de la composición, **Justina y las desgracias de la virtud**, **Historia de Julieta o las prosperidades del vicio**, **Emilia de Tourville o la crueldad fraternal**, **Alina y Valcourt**, **Leonora y Clementina**, **Ernestina**, **Zoloé**, **Los crímenes del amor**, **Las 120 jornadas de Sodoma**, **La filosofía en el boudoir** (11), etc., y, entre sus piezas de teatro, **La escuela de los celosos** y **La fiesta de la amistad**. Algunas de sus novelas están acompañadas con dibujos sugestivos. Añadamos que empleaba un lenguaje cifrado, de cuya clave era un solo poseedor.

El crítico Jules Janin condenaba en estos términos a la novela negra, fórmula de Sade: «¿Queréis que haga el análisis de un libro del marqués de Sade? Pues sólo es cadáveres sangrientos, niños arrancados de los brazos de su madre, mujeres jóvenes que se estrangulan al terminar una orgía, copas llenas de sangre y de vino, torturas inauditas. Se encienden calderas, se levantan caballetes, se machacan cráneos, se saca a los hombres la piel que humea, se grita, se injuria, se blasfema, se muerde, se arranca el corazón del pecho, y eso en cada página, en cada línea, siempre.» De Sade habría podido responder a Jules Janin que escribiendo así había afirmado el derecho que todo escritor debería tener para describir la vida tal cual es, derecho, que él, de Sade, tomaba sin la opinión de la censura. Se puede aún afirmar sin cometer una paradoja, que este hombre sin moral calificado de espíritu depravado por los moralistas, era a su manera un moralista que describía tan bien las atrocidades y los lugares en que tienen lugar, para hacer ver todo el horror de ellas, pues, como él mismo lo ha dicho en una de sus poesías—era también poeta—: «No es criminal por hacer la pintura, de las extravagantes inclinaciones que inspira Natura.» Tan bien que el romántico Pétrus Borel ha dicho que «El hombre honesto tiene siempre en su bolsillo un volumen del marqués de Sade». ¿Qué hay de más, en efecto, en los escritos de De Sade, que no se pueda ver en el pórtico de las Catedrales, ese «libro del pueblo», al decir de Michelet, en donde los siete pecados capitales están allí representados, para inspirar el horror? ¡No hay que gritar «inmoralidad» cuando el deseo de ser verdadero inspira a un escritor y le dicta una obra maestra!

«Ningún personaje de los tiempos modernos se le puede comparar, leemos en la **Bibliografía Universal** de Michaud, a menos que no se le presente al lado del mariscal de Retz, quien llevó mucho más lejos sus crueles experiencias, tal vez por que tuvo más medios para satisfacer sus gustos monstruosos, pero que consagró sus principios en libros infames.» En verdad, este mariscal de Retz, verdadero sádico, que mezclaba la lujuria con la magia, inmolaba a los niños que atraía, quemaba sus cadáveres o los echaba a un ino-

doro. Por todos los lugares donde pasaba, hacía orgías en el curso de las cuales, torturaba a sus víctimas y las asesinaba. ¡De Sade no le llegaba ni al tobillo! Lejos nos encontramos, con de Retz, de la ogra Jeanne Weber, de Jack, el destripador, de Vacher el asesino de pastores y del vampiro de Dusseldorf (12).

Se puede considerar a De Sade como el precursor de Freud, y según ciertos puntos de vista, de Nietzsche y de Stirner. Baudelaire no ha escapado a la influencia del «divino marqués» del cual tenía todos los volúmenes, el amor siendo, para el autor de las **Flores del Mal**, una tortura en donde siempre existe un verdugo y una víctima. Pienso también que el mismo Mallarmé, cuya poesía posee un sentido erótico que sella una clave nos permite descubrir, no escapó tampoco a su influencia. Y se la podría encontrar aún en Dostoiewski, Villiers de l'Isle-Adam, Lautréamont, Sartre, Miller, el autor de **Tropiques** («Tropicos»), y muchos otros escritores de nuestro tiempo. Guillaume Apollinaire lo considera como «el ser más libre que haya existido», y algunos críticos han rehabilitado su memoria de todo corazón. En cuanto a sus escritos políticos o a los que le han sido atribuidos, se muestra como un iconoclasta celosamente enamorado de libertad, él quien, encerrado en la Bastilla, exortaba por la ventana de esa cárcel al pueblo de París, para que la asaltara. Citemos **Memoria de un ciudadano de París al rey de los franceses e Ideas sobre la moda y sanción de las leyes**, dos discursos pronunciados en la sección revolucionaria de las **Piques**, de la cual formaba parte. Fué un adversario encarnizado de la pena de muerte. Y en esto nunca ha variado, él que tantas gentes hizo morir en sus novelas.

En resumen, se piense lo que se piense del marqués De Sade, se le tome o no en serio, se le considere como un mistificador, un demente o un espíritu sensato, se le descubra contradicciones, en su vida como en su obra, se le haga o no responsable de las atrocidades que tienen curso hoy, cuando mucho antes que él dichas atrocidades ya existían, su nombre es inmortal, y el vocablo «sadismo» ha pasado al idioma para designar un estado de alma muy particular. Se le puede definir así: el sadismo consiste en el placer de ver sufrir a los otros, y, para eso, provocar en ellos el dolor moral y físico—pero sobre todo físico—mediante diferentes procedimientos y diferentes maneras. ¡El mejor remedio contra el sadismo es aún De Sade!

Gérard LACAZE-DUTHIERS

(10) Situada en París, una de las más importantes del mundo. (N.d.T.).

(11) Gabinete o tocador íntimo de una dama. (N.d.T.).

(12) Ciudad de Alemania. (N.d.T.).



cumplen su patriótica misión señalándonos el florido camino por donde los grandes pueblos van hacia la fortuna y hacia la dicha. Secundan esta maravillosa obra de cultura los dioses menores de tierra adentro que gozan en las redacciones de nuestros rotativos, y no más allá de sus paredes, tal vez mugrientas, justo y muy merecido renombre. La envidia nos comete el celo de la sangre africana, que dicen que tenemos, andamos presurosos en corresponder a los nobles esfuerzos de nuestros más preclaros intelectuales. España renace.

¿Renace? Todavía los clásicos tenderos de ultramarinos andan remisos en vender algo más que ochavos de pimentón y cuartos de azúcar. Todavía los respetables «todo lo vendo» de los pequeños bazares oscuros y tétricos repletos de cachivaches y de trapos de toda especie, apenas si osan salir de la penumbra sórdida en que nacieron y en que morirán. Todavía los asombrados industriales de su gran industria yacen en admirativa contemplación de sus forjas paupérrimas, de sus talleres históricos, de sus risibles fábricas. Todavía la ciencia de los graves e inflados técnicos salidos de escuelas y universidades, anda repleta de hojarasca, muy pagada de huecos teoricismos, de cabalísticas fórmulas, de vanas pretensiones. La persistencia en lo mediocre y en lo superfluo corre parejas con la repugnancia a lo grande y necesario.

Toda nuestra burguesía, desde el más humilde mercader hasta el más poderoso banquero, desde el último aprendiz de ciencias hasta el más docto de los titulados por los centros oficiales; toda nuestra burguesía continúa impertérrita en su apego a la rutina de los jornales de hambre, del trabajo extensivo, sin cuenta ni medida de tiempo; continúa la tradición de intransigencia y de odio a las ideas, de persecución al hombre independiente; continúa adscrita a todas las rancias ideas que le impiden asomarse al horizonte de las cosas modernas, buenas o malas, que de todo hay. ¡Cito precursoras de una vida nueva que se viene a todo el correr de los andares revolucionarios. Toda nuestra burguesía es incapaz de rehabilitación sino sacude antes la roña medioeval que la carcome.

El renacer de España podría venir tan pronto como su majestad el capital se diera a partido reconociendo que con salarios de una, dos y tres pesetas no puede haber obreros hábiles, obreros fuertes, obreros inteligentes; que con jornadas de diez, doce y más horas no puede haber producción esmerada, regular y remuneradora; que con ganancias de avaro no puede haber espléndidos compradores; que con rutinas de práctica ramplona no puede haber adelantos industriales; que con petulantías librescas no puede haber aciertos técnicos, ni perfeccionamientos ni invenciones. El renacer de España podría iniciarse el día en que, en lugar de ochavos, se vendieran pesetas de pimentón y de azúcar; en que, en vez de sucios y oscuros baratillos, se establecieran anchurosos, ventilados y bien limpios almacenes; en que, a los pretenciosos talleres, sucedieran bien montadas y bien dotadas fábricas; en que, a la ramplonería práctica y a la cursilería teórica, se acometiese de verdad el estudio atento y el ensayo consciente de todos los problemas de la técnica industrial. El renacer de España podría co-

allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

Y no se nos arguya que así como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia, se traspasa sus propios límites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá el asunto estar en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituida; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta religiosa? ¿Cómo admitirlo, sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en el pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, ser inducidos a error?

Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón; pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ello no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dictarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándole, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderas parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos han contado o cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensible, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para mengano, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual habremos de continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompa el yunque.

(Acción Libertaria, núm. 19, Gijón 21 Abril 1911.)

CUESTIONES DE ENSEÑANZA

— I —

Explicar y enseñar no son sinónimos, aun cuando toda enseñanza suponga previa explicación. Se explican muchas cosas sin que haya propósito de enseñarlas.

Cuando se declara o da a conocer lo que uno opina, cuando se dan detalles o noticia de una doctrina, de un suceso, etc., se explica al oyente la opinión, la doctrina y el suceso para enseñarlas o para repudiarlas, según los casos.

Enseñar es algo más que explicar, puesto que es instruir o adoctrinar. Ei que explica una doctrina errónea a fin de hacer patente su falsedad, claro que enseña, pero no enseña la doctrina que explica sino que la repudia.

Un ejemplo, entre mil, aclarará la diferencia. Se abre un libro cualquiera de Geografía elemental, y en la parte que trata de la astronomía se halla en primer término la explicación del sistema de Tolomeo, que supone la tierra en el centro del Universo y a todos los demás cuerpos girando alrededor de ella. Viene en seguida el sistema de Copérnico, que considera el Sol fijo y los planetas girando a su alrededor. Y se agrega: **este último sistema es el admitido en el día.**

La cosa es clara: se explica o da a conocer el primero; se explica y se enseña el segundo. No se enseña, aquel porque se le tiene por erróneo. Adviértase que si el profesor es concienzudo, ni aun el sistema de Copérnico enseñará sin reservas, porque nada nos permite asegurar que en el sistema del Universo no hay algo más que la teoría heliocéntrica. Por eso se dice solamente que es el admitido en el día, en lugar de darlo dogmáticamente como verdadero.

La diferencia entre explicar y enseñar es todavía mayor cuando no hay más que hipótesis para contestar las interrogaciones del entendimiento. Tal ocurre con la constitución interna de nuestro planeta. El profesor podrá y deberá explicar las diferentes teorías que tratan de describir el enigma, pero no deberá enseñar ninguna como verdadera y comprobada puesto que no sabemos que lo sean.

En cambio podrá enseñar con ejemplos y razones, empíricas y racionalmente, entre cien cosas más, el llamado teorema de Pitágoras, es a saber: en todo triángulo rectángulo se verifica que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos.

Y como es muy extenso el campo de los conocimientos positivos, verificados y comprobados por todo el mundo, metodizados por la ciencia; y es más extenso aún el campo de las probabilidades de conocimiento pleno de hipótesis, de opiniones, de teorías, pero falto de prueba y de certidumbre, es claro que para todo hombre de libre entendimiento la enseñanza, propiamente dicha, no deberá salirse de las verdades conquistadas indiscutibles, y, por tanto, habrá de reducirse al círculo de las explicaciones o exposiciones necesarias, todo lo que es, en el momento, materia opinable.

Cualquiera, pues, que sea la base de una doctrina política,

A compás de esta primera obra de saneamiento, habría que dar el golpe de gracia al privilegio que reserva a los ricos y a los semirricos el monopolio de los conocimientos, con lo que al propio tiempo que se redimía materialmente la enseñanza, se la emancipaba espiritualmente. La avalancha de las multitudes ansiosas de saber, sería campo abonado para la experimentación de aquellos que supieran, pudieran y quisieran emprender la obra de la enseñanza integral.

Entonces, y solo entonces, con profesores de verdad, y de verdad libres; con absoluta independencia para la elección de libros; con métodos nuevos adaptados a la naturaleza de cada enseñanza y a la variedad de las aptitudes; con edificios, patios y campos higiénicos y confortables; con todos los elementos necesarios a un indispensable practicismo y a la eficacia de prácticas demostraciones para no producir loros ilustrados, poderíamos dar por comenzada esa gran empresa de cultura que tantos proclaman y tan pocos quieren.

Entretanto hay una labor preparatoria que tampoco se hace, aunque mucho sobre ella se declama. Y esta labor consiste en que los que saben y pueden salgan de su torre de marfil, dejándose de estériles predicciones a la luna, y vayan directamente a ofrecer al pueblo el tributo de sus conocimientos, no sólo con palabras y razones, sino también con hechos que las verifiquen.

Aldeas, villas y ciudades esperan ansiosas la buena nueva y allá no llegan sino necias peroratas, y mazacotes de insulsa prosa vacías ambas de contenido científico y hasta de contenido artístico.

Y si se nos dijere que aun para esta preparatoria empresa de cultura se necesitan recursos y medios de que se carece, contestaremos sencillamente que así como los hay para mantener con boato un culto y un clero que maldita la falta que nos hace así como los hay abundantes para sostener en pie de guerra una multitud de jóvenes que estarían mejor estudiando y trabajando, así como no se escalman para el mantenimiento de cien instituciones de holganza organizada; así y más que así debe haberlos para enseñar, para ilustrar, para emancipar las inteligencias del automatismo enfermo en que nos estamos agotando.

Porque a todo evento queda patente la razón, la razón poderosa de los que afirman—y nosotros con ellos—que esa obra de cultura ni aun revolucionariamente se llevará a cabo sino se hace previamente esa otra revolución que quiere ante todo llenar las estomagos, abrigar las carnes y fortalecer los cuerpos.

(Acción Libertaria, núm. 3, Gijón 2 Diciembre 1910)

PARA LA BURGUESÍA ESPAÑOLA

CONSEJO DE ADVERSARIO

Unos cuantos afamados periodistas no cesan de batir el parche clamando por el resurgimiento de España. Las principales empresas periodísticas y talentudos corresponsales que

— 291 —
— 163 —
buyen la misión de dirigirnos, los políticos, son profesionales de la trampa y del escamoteo, hueros de meollo, incapaces de grandeza, raquíticos de alma y de corazón.

Así, toda la obra presente de cultura se resuelve en una enorme mentira convencional. Nadie lo ignora, pero casi todo el mundo lo calla: los centros de enseñanza privada u oficial, son templos de castración y de atrofia; los programas, tupida malla de enredijos de pretendida ciencia; los años de estudio y los métodos de enseñanza, eterno y sostenido aprendizaje de masturbación intelectual. Título académico es frecuente equivalente de imbecilidad incurable.

Sobre ese carril resbaladizo, continuamos deslizándonos felices. Se han instituido enseñanzas nuevas, nuevos centros de instrucción popular con pretensiones de sano practicismo, de viable reforma, y los nuevos centros no son sino triste recuerdo de los antiguos.

El mismo profesorado carece, en general, de condiciones, cuando no de bastantes conocimientos para la enseñanza. ¿Y cómo no, si es el fruto maduro de la rutina, de la castración y de la atrofia?

Persisten los mismos factores, los mismos medios, los mismos procedimientos, hasta los mismos cachivaches y las mismas corruptelas del tiempo viejo.

Fuera de los pretendidos templos de la sabiduría oficial, ¡qué pobreza, qué lastimosa pobreza de acción! En lucha a brazo partido con la penuria, la enseñanza privada ha de limitarse a copiar servilmente la enseñanza oficial, cuando no la empeora y agrava. Toda la idealidad se reduce a la conquista del garbanzo. Verdad que el profesorado sería heroico, si no fuera esclavo, siervo y paria de la miseria.

Y ya no queda más que la obra de los escritores bregando un día y otro por la anhelada regeneración y la obra legislativa de los gobernantes.

Con permiso de unos y otros, diremos lisa y llanamente que lo que se necesita no son artículos, discursos y leyes, sino hechos, hechos y hechos.

Porque hemos llegado a un punto en que el mal sólo tiene remedio revolucionariamente. Mientras se opere sobre los viejos organismos y sobre los viejos preceptos, toda labor será infecunda.

Que no se espanten los meticulosos del eufemismo, los pisa- verdes de la elegancia y los circunspectos de senil seriedad de asno. Hay que decir muy alto lo que todo el mundo dice por lo bajo.

Y es a saber: que si se quiere una verdadera campaña de cultura general, es necesario que se empiece por destruir, por aniquilar todo el vetusto edificio de la enseñanza, por suprimir los aparatos repetidores que se llaman catedráticos y maestros por antonomasia; por quemar, así como suena, los malditos textos sólo atentos a fines especulativos, que no a los científicos; por arrinconar para siempre enredados programas y encasillamientos de tiempo y facultades; y hasta, en fin, por derribar los antihigiénicos y apesantados caserones donde se fabrica la estulticia y la idiotéz patentadas.

económica o social, y por grande que sea el amor que por ella sintamos, nuestro debido respeto a la libertad mental del niño, al derecho que le asiste de formarse a sí mismo, ha de impedirnos atiborrar su cerebro de todas aquellas ideas particulares nuestras que no son verdades indiscutibles y comprobadas universalmente, aunque sí lo sean para nosotros.

Porque, en último término, de proceder en la forma opuesta vendríamos a reconocer en todo el mundo que cree estar en posesión de la verdad y no piensa como nosotros, el derecho a continuar modelando criaturas a medida de sus errores y prejuicios. Y con esto es precisamente con lo que hay que acabar, empezando por dar el ejemplo los que tal queremos.

Así es como entendemos la enseñanza, ateniéndonos a la sustancia de las cosas y no a las palabras que pretenden representarla.

— II —

No nos entusiasma una criatura de doce o trece años que se pone a perorar sobre materias sociales y afirma muy seria la no necesidad del dinero o cosa análoga. Nos sabe eso a recitado de catecismo, a lección metida en el cerebro a fuerza de sugerencias. Otro profesor y otro planteamiento del problema, y la criatura afirmará muy seria todo lo contrario. Recitará otro catecismo, repetirá otra lección. Hay cosas prematuras como hay cosas tardías.

Una opinión personal no es necesariamente una ciencia y sólo a este título puede ser enseñada. Lo contrario equivale a secuestrar las tiernas inteligencias infantiles. Estamos por la enseñanza absolutamente libre de materia opinable.

Un ejemplo ilustrará la cuestión. Supongamos el caso de un pedagogo, resuelto adversario del dinero y de la renta. Este pedagogo prescribirá de la enseñanza de la aritmética la infame, la corruptora regla de interés. Si no recordamos mal, el caso ya se ha dado. Pues ese pedagogo hará una grandísima majadería por no saber discernir entre el interés del dinero, con el que nada tiene que ver la aritmética en sí misma, y una regla de cálculo que, sea cual fuese su nombre, sirve para deducir, ponemos por caso, las proporciones en que una materia dada ha de entrar en una mezcla, el tanto por ciento que resulta de una estadística de vitalidad o de población, el rendimiento de un producto en condiciones dadas, o bien la proporción de fertilidad creciente o decreciente de una tierra determinada, etc.

Se nos dirá que todo esto se puede explicar y enseñar sin dar al mismo tiempo la noción de la renta o rendimiento del capital; no lo negamos. Pero es que aquí está lo grave de la cuestión. Si se explica la materia dejando en libertad al alumno para que medite y decida—y para decidir necesita el conocimiento de todas esas cosas, las verdaderas y las falsas—, nada habrá que objetar. Pero si, por el contrario, interviene el profesor con sus ideas particulares e inclina la balanza del lado de su opinión, por muy hombre libre que sea, por muy anarquista que se proclame, cometerá un atentado contra la libertad intelectual del niño, que, en la indefección de su falta de des-

arrolo intelectual, tomará como verdades inconcusas así lo cierto como lo falso. Criaturas de tal modo instruidas, recitarán sabias lecciones... por cuenta ajena. Y a nosotros nos parece preferible que las reciten por cuenta propia aunque sean algo menos sabias.

Tratarse de hombres y la cuestión sería diferente.

El libre examen no ha de aplicarse sólo por oposición a las cosas teológicas, sino también como limitación necesaria a las posiciones posibles de partido, de escuela o de doctrina.

La enseñanza no puede ni debe ser una propaganda. El espíritu de proselitismo se extralimita cuando va más allá del hombre en el pleno uso de sus facultades mentales. Si hay alguna cosa en que la abstención, la neutralidad sea absolutamente exigible, esa es en la instrucción de la infancia.

En este terreno podemos encontrarnos todos los hombres de ideas progresivas. Y deberemos encontrarnos para sustraer a la infancia del poder de los modeladores de momias humanas, de los hacedores de rebaños.

— III —

Un niño cualquiera instruido conforme a los conocimientos verdaderamente científicos, no preguntará probablemente por la existencia de Dios puesto que ni siquiera tendrá noticia de tal idea. Pero si preguntara, el profesor haría bien en demostrarle que en toda la serie de conocimientos humanos nada hay que abone semejante afirmación. Dios es materia de fe o de opinión, todo menos algo probado y que como tal debe enseñarse.

El que escribe estas líneas puede ofrecer la experiencia de once hijos, que aun no habiendo sido instruidos con el rigor científico necesario, jamás tuvieron la ocurrencia de formular la pregunta antes dicha. De pequeños, porque no tenían idea alguna de ello, y de mayores, porque sin duda en el ambiente del hogar, en el ejemplo de cuanto les rodeaba y en libros de que disponían—y los había de distintas tendencias—hallaban satisfactoria respuesta a las interrogaciones de su entendimiento. Su ateísmo será, pues, el fruto de su trabajo cerebral propio, no la lección aprendida del preceptor. Sus ideas todas serán su labor propia y peculiar, no la resultante de una acción ajena ejercida deliberadamente. La diferencia es esencial y nos parece de una claridad meridiana.

Como hasta el día y tal vez por bastante tiempo perdurará el antagonismo entre la enseñanza de la calle y de la casa, lo natural será que las criaturas pregunten por muchas cosas que no tienen ni fundamento lógico ni fundamento científico, y en todo caso, el profesor deberá desvanecer las dudas de sus discípulos, cuidando, no obstante, de no operar un simple cambio de opiniones. La escuela no puede ni debe ser un club.

Por algo sostenemos que, en tiempo y sazón, todo ha de ser explicado, pero solamente enseñado aquello que tenga sanción científica, prueba universal. Una buena parte de los problemas planteados por el entendimiento humano, no tienen por solución más que hipótesis mejor o peor fundadas, y es evidente que

campañas truculentas alrededor de un simple nombre cuando aquí tenemos algún millar de nombres de encarcelados a su disposición. Yo me río de las notas conminatorias que parecen declarar nuestra impotencia revolucionaria. Y me reiré locamente, por no indignarme, si se repiten las amenazas de algunos de los nuestros en otra campaña reciente, amenazas de apelación a los gobiernos extranjeros formuladas por circunspectos internacionalistas. ¿Es que la libertad, el respeto al ciudadano, las garantías del derecho, la humanidad, la equidad, se dan en los gobiernos, en la magistratura, en el capitalismo y en las iglesias del lado de allá de los Pirineos y de las costas ibéricas?

Bien está la solidaridad internacional, pero que no se trueque en compasión y limosna, que no se convierta en mentira que deprime y molesta. La España nueva va donde vayan todos los pueblos renovadores y brinda su solidaridad espontánea a cuantos de ella tengan necesidad, y no sólo acepta, sino que reclama, ahora más que nunca, la solidaridad de cuantos luchan por la emancipación humana.

En las horas de combate huelgan los distinguos. Combalemos sin tregua, con la verdad, que es lo que interesa por encima del farrage de preocupaciones que anidan aún en nosotros mismos, radicales, socialistas y anarquistas de todos los tonos.

Cuanto no sea esto, es pisar los talones a nuestros enemigos, siguiendo su propia ruta de mentiras, de engaños, de iniquidades. Y, ciertamente, para tal viaje no se necesitan alforjas.

(*La Protesta*, Buenos Aires, 23 Octubre 1909.)

POR LA CULTURA

Periodistas, literatos y políticos no saben pasarse sin una plataforma de temporada para entretener al respetable público. Ahora mismo han puesto de moda el tema de la cultura y no pasa día sin que le dediquen largas, latas y enfadosas parraladas.

En verdad que el asunto es de indudable importancia para todos. Nosotros se la concedemos sin regateos.

Somos un pueblo rezagado, casi dormido, que apenas se conmueve por nada. El desarrollo intelectual es poco más que nulo y la voluntad no suele resolverse a la acción por impulsos reflexivos, movida a veces solamente por los pasionales. El pensamiento no sirve aquí sino para formar *Châteaux en Espagne*, que dicen nuestros vecinos, los franceses. Y en esto nos quedamos.

¿Quién duda de la imprescindible necesidad de cultura en que vivimos? ¿Quién duda de la eficacia de una labor intensamente cultural que sacudiera la pereza de las inteligencias?

Saltar, en tiempo y sazón oportunos, del «yo quiero» contemplativo, al «yo hago» fecundo, sería inmediato resultado de aquella indicada labor.

Mas para tan grande obra, carecemos en España de elementos adecuados. Los llamados intelectuales son, en su mayor parte, verbalistas y, por añadidura, abúlicos. Los que se atribuyen

España social. Esta otra España es la del federalismo insurgente, del socialismo y del anarquismo activos, una España de ideas netamente progresivas, fautora, no simple recipiente de ideales y aspiraciones generosas. Esta otra España es la de los centenares de escuelas neutras clausuradas ahora por la reacción, sin duda para hacernos conocer lo que ni nosotros mismos conocíamos en toda su magnitud; es la de esa gran obra de educación y cultura que revela la existencia de un pueblo capaz de todas las empresas, lleno de energía y de constancia y de firmeza. Al lado de esos centenares de escuelas que se abrierán de nuevo, los mil centros políticos, sociales, de cultura, las asociaciones progresivas, los sindicatos y las cooperativas obreras, ponen bien de manifiesto que en todas direcciones labora una España nueva por la regeneración total del país, más aún, de todos los países.

El alzamiento de Cataluña entera, más algunas ciudades del resto de España, en julio de 1909, caso no igualado hasta el día, ¿no demuestra, **con hechos**, que la España de la leyenda es una España falsa, amasada con convencionalismos y mentiras negras o rojas?

No obstante los reiterados acuerdos de la Internacional obrera sobre la guerra, nadie hizo, ni el pueblo francés cuando de Casablanca, protesta tan vigorosa como la realizada por este pueblo español que no obedece acuerdos, pero sigue valientemente impulsos propios.

Cuidado que no hago comparaciones para establecer supremacías y menos para mortificar. No hago tampoco patriotismos. Constató hechos para fijar ideas y condiciones y me defiendo y defiendo a mis camaradas de lucha, demostrando que estamos donde está todo el mundo progresivo.

Hay, pues, una España que no es la España de Torquemada, como hay una Francia que no es la de la hiena Thiers.

Los tormentos de Montjuich no se repetirán, no se repiten ahora mismo, a causa de la acción constante de esa España nueva, pues digan lo que quieran amigos o adversarios, aquellos que no pueden vivir sin forjar novelas, la reacción actual no osa dar la batalla de frente. Reta con las palabras, es cruel e hipócrita en los hechos, pero también cobarde con relación a sus ansias de exterminio contenidas por la amenaza de mayores males que presente y rehuye.

Lo que ocurre, en realidad de verdad, es que los reaccionarios de acá hincan el perro revolucionario, con los fines que son de suponer, y los revolucionarios de allá inflan el perro reaccionario con los mismísimos fines, pero en sentido contrario. Y me dan ganas de gritar: ¡embusteros todos! De esta reacción, no blanda ciertamente, ni rastro quedará dentro de unos meses. Se abrirán las escuelas clausuradas, se reanudarán las propagandas, se reorganizarán centros y sindicatos, se creará nueva prensa y acaso, acaso, ni aún presos quedarán en las cárceles. ¿De qué nos serviría, si no, esta indómita independencia y esta testarudez indómita que nos distingue de otros pueblos?

Quedan unos cuantos Torquemadas, pero son a millares los rebeldes. Yo me río cuando veo a gentes graves organizar

en su exposición ha de procurarse una neutralidad absoluta, porque la solución que a uno le parece indudable y racional, a otro le parece absurda, y de aquí que el racionalismo sea insuficiente para dirigir la enseñanza. Descartada toda materia de fe, la instrucción de la juventud quedaría reducida a la enseñanza de las cosas probadas y a la explicación de los problemas cuya solución no tiene más que probabilidades de certidumbre. Pongamos algunos ejemplos. Ante la experiencia diaria que les hace ver que cuando llueve todos nos mojamos, que nada hay que no provenga de algo o de alguien, que no hay, en fin, efecto sin causa, los pequeños hombres, si no preguntan por la existencia de Dios, seguramente preguntarán por el origen del Universo. Llegada cierta edad no hay quien no se pregunte por el principio y la causa y por la finalidad y el acabamiento de todas las cosas. Y todo esto es de una dificultad innegable. ¿Qué hará el maestro? Para unos, puesto que no hay efecto sin causa, el mundo habrá tenido un origen y un principio, tendrá una finalidad y un acabamiento. Para otros, la serie de las causas y efectos no tendrá límite anterior ni posterior y el mundo existirá de toda eternidad en el espacio infinito. Como todo cuanto nos rodea empieza y acaba, sucede por algo y para algo, los espíritus realistas optarán por la primera hipótesis. Los capaces de abstracción, se decidirá por la segunda. No valdrá invocar la ciencia porque ella no puede actualmente, acaso no pueda nunca darnos respuestas enteramente probatorias. Les que crean que la solución categórica está en el materialismo o el evolucionismo, hablarán en nombre de una opinión o creencia (racionalismo), pero no harán sino esquivar, diferir el problema, figurándose haberlo resuelto mediante la sustitución de palabras. Lo intelectualmente honrado será, pues, que el maestro exponga con toda claridad los datos del problema y las hipótesis diferentes que tratan de aclararlo. Hacer otra cosa será siempre una imposición de doctrina.

Tyndall, cuya ciencia nadie pondrá en duda, terminaba la explicación de la teoría del calor como modo de movimiento, preguntándose de qué manera podría concebirse un movimiento sin algo que se mueve, y contestaba, con una sencillez verdaderamente sabia, que la ciencia contemporánea no podía responder a tal pregunta. ¿Y se querrá por nuestro bonismo, pero uniéndose a los niños toda una ciencia acabada, fruto de la pretendida infalibilidad del racionalismo?

Poco importa que creamos que siempre ha habido una causa anterior y que la serie de las causas y efectos no tendrá término. La palabra infinito será un subterfugio de nuestro pensamiento, pero no una respuesta concluyente, y así no podremos ofrecer más que una opinión, no una certidumbre; una probabilidad, no una prueba. ¿Qué responderemos si el pequeño hombre se obstina en hallar un principio y determinar un final? Aquí del método de la libertad o si se quiere neutralidad, no del racionalismo precisamente: dejar que el pequeño hombre forme su juicio por sí mismo poniendo a su alcance cuantos conocimientos puedan ilustrar la cuestión.

Y este método de libertad, que nosotros proclamamos, es el

exigible a cuantos se digan, piensen como piensen, respetuosos de la independencia intelectual del niño. Lo proclamamos, no a título de hombres de equidad y de recíproco respeto, en cuyo punto creemos que pueden coincidir gentes de todos los extremos de las ideas progresivas, si no entienden por enseñanza el adoctrinamiento en una opinión determinada.

Por eso creemos que los que se empeñan en establecer perfecta sinonimia entre el racionalismo y el anarquismo—que de ningún modo son equivalentes—harían bien en dejarse de rodeos y proclamarse abiertamente partidarios de la enseñanza anarquista, porque esto simplificaría los términos de la cuestión, y si no a un acuerdo, podría, sin duda, llegarse a una delimitación completa de tendencias.

Aun a estos buenos amigos que en su entusiasmo por el ideal quisieran inculcarlo, tendríamos que objetarles que en todos los terrenos, y más en el de la enseñanza, la anarquía no debe ser materia de imposición.

Dos palabras aún para terminar esta serie de artículos.

Ptolomeo Philadelpho, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geómetra Euclides, que hiciese en su favor algo por allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos. Y Euclides le respondió: «Señor: no hay en la geometría senderos especiales para los reyes.»

Compañeros: en la ciencia no hay senderos especiales para los anarquistas.

(Acción Libertaria, núm. 20-21-22, Gijón 26 Abril y 5/12. Mayo 1911.)

EL VERBALISMO EN LA ENSEÑANZA

Predomina, por desdicha, en todo lo que pretende ser nuevo la influencia de lo viejo. El patrimonio de nuestros antepasados, que diría Le Dantec, con su enorme pesadumbre, impide el avance rápido de las conquistas y del conocimiento de la ciencia. La experiencia actual tiene por contrapeso poderoso la experiencia atávica.

Son las palabras el vehículo obligado en la transmisión de los conocimientos. Mediante ellas, van las generaciones transmitiéndose sus errores y sus verdades, más los primeros que las segundas. Imitadores los unos de los otros, no acertamos más que a emplear en la lucha las mismas armas de nuestros contrarios. Con palabras pretendemos destruir el imperio de las palabras.

Todo lo que es anterior a la ciencia, se reduce a puro verbalismo. Delrás de la teología, de la metafísica especulativa no hay más que artificios retóricos, frases bellas, figuras poéticas, pero ninguna realidad, ningún conocimiento positivo. Todo el pasado está impregnadísimo de una gran repugnancia por los hechos y por las realidades.

¿Qué hacemos los innovadores en frente de la influencia perniciosa de ese verbalismo atávico?

Poco más o menos lo mismo que nuestros adversarios. Nos pagamos también de palabras. La magia de los nombres sonoros nos seduce. Y a unos conceptos altisonantes, oponemos otros

Principalmente en Cataluña, y conste que no es catalán el que habla, la clase obrera y la burguesía modesta podrían y deberían servir de modelo a otros países que nos juzgan mal porque nos desconocen. La afición a la música y al canto son generales. Las diversiones favoritas son los teatros, los conciertos, las conferencias, las excursiones al campo. La moderación en las calles. Guardo grata memoria de una de esas excursiones a que fui invitado por algunos amigos. Mi sorpresa fue grande, no obstante los antecedentes que ya tenía, cuando observé que en aquella reunión de veinte a treinta hombres y sus familias, en la que se hizo música, se cantó, se bailó y comió y bebí bien, no hubo ni una sola nota discordante, ni el menor indicio de embriaguez, ni el más pequeño choque, nada que pudiese hacer torcer el gesto al más exigente.

¿Y qué decir del Norte y Noroeste de España? Bien conocidos y ponderados son los hábitos mortíferos, la bondad de trato y de costumbres de aquellas gentes.

Se dirá que Andalucía es atrozmente ignorante y miserable y vive aún en plena Edad Media. ¡Desdichada región que por rica, es pobre; ella da la nota, a un tiempo penosa y triste, de la España clásica! Y sin embargo, el ingenio, la viva imaginación, la riqueza de sentimientos y la alegría del vivir de aquellos escudados y de pauperados campesinos, para si las quisieran los misántropos que los denigran. Allí se canta, se baila y se ríe porque la Naturaleza toda, aire, luz, sol, canta, ríe y baila. Cabrilla en los cerebros el fulgor de la vida plena, difundido en el ambiente espléndido, magnífico, insuperable. Cosquillea en los nervios el impulso vigoroso, el hábito fecundante y cáhido de la Naturaleza que allí vibra fortísimo como en parte alguna. Y la alegría del vivir salta y brinca en el *frou frou* de las faldas mujerieles y en el aroma de las flores con que adornan su cabeza y en los vivos colores de sus pañuelos mantones. Ello no impide ni impedirá que Andalucía progrese, que sus campesinos vayan entrando en los dominios de la cultura general. El obstáculo feroz, obstinado, es la riqueza acumulada, la explotación escandalosa que auxilian autoridades bárbaras. Pero el obstáculo será vencido porque hay una España que lo arruinará, una España sin manolas y chisperos, que estudia, rinde culto al arte y ambiciona la ciencia.

¿Somos, por todo lo dicho, mejores o peores que otros? Ni peores ni mejores; somos como somos y los otros son como son. Y los que quierán conocerlos que se den una vuelta por acá y en lugar de colarse de rondón en las plazas de toros y en los degenerados cafés cantantes, donde sólo obtendrán la cartadura de España, que se tomen la molestia de estudiarlos. Y a su vez los que del lado de acá, cargados de bilis, vociferan sus pesimismo, que se den una vuelta por Europa y América, y si no se reducen a visitar museos y bibliotecas, verán que en ninguna parte se atan los perros con longaniza.

Políticamente, la España actual, la otra España, ajena al oficialismo, distinta y opuesta al Estado, contraria a la tradición, nuestra mayor calamidad, reñida del todo con la tradición de que la leyenda arranca, es quizá menos conocida que la

el temperamento; pero la España actual tiene también otras condiciones que la alejan definitivamente del tiempo pasado. Desconocerlas, vale tanto como negar la evidencia y empeñarse en galvanizar un cadáver. Esto pretenden, sin duda, los que desde fuera o desde dentro gritan, pintan y exageran cosas que fueron y callan cosas que son.

Cierto que el mundo oficial, religioso y capitalista se nutre en la historia de tiranías y crueldades bárbaras; cierto que nuestro llamado progreso político es mera apariencia, máscara el constitucionalismo, farsa el parlamento; cierto que no hay ni respeto ni garantía para la independencia y el derecho personal, que gobierna el capricho y la nulidad, que reviven a ratos castigos infamantes, torturas y suplicios, y que, por poco más de nada, se persigue y se encarcela a todo el que disiente del cómodo pensar de los que mandan. Pero, ¿dónde, cómo y cuándo se vive fuera de los atavismos políticos y religiosos? ¿Qué país ha roto con su pasado de sangre y de negrura? ¿Dónde está el Edén en que no sea farsa el parlamento y más cara la constitución? ¿Cuál es la tierra de promisión de las leyes inflexibles, iguales para todos, donde no gobiernen los granujas, los prevaricadores y los concupiscentes?

La republicana Francia tiene a su cuenta las leyes de excepción contra los anarquistas, la cuestión Dreyfus, los fusilamientos de huelguistas, los procesos escandalosos en que se pretendió englobar a escritores revolucionarios con delincuentes comunes. Las asechanzas policíacas contra nuestros amigos, no han tenido hasta ahora semejanza en parte alguna. Se los asediaba hasta arrojarlos de los talleres y de las viviendas, acorralándolos solapadamente. El Congreso socialista revolucionario convocado cuando la Exposición, se habría, seguramente, reunido en España, y no pudo reunirse en París porque lo prohibió aquel gobierno republicano. El lema Libertad, Igualdad, Fraternidad se ostenta en todas partes fanfarronamente y es allí, como en cualquier nación, burla grosera con que se insulta al pueblo.

Las leyes de represión del anarquismo son en España copia de las francesas, como los destierros actuales son una pésima traducción del **domicilio coatto** de Italia. Si aquí tenemos los tormentos de Montjuich, la muy republicana y muy federal América del Norte tiene las horcas de Chicago; su expulsión de anarquistas, la muy libre Argentina.

Estos son apuntes a la ligera y muy someros. Puesto a **documentar** este artículo, no bastaría un volumen para las pruebas mil de que en todas partes cuecen habas.

¿Diremos una perogrullada afirmando que hay otra España que no es rufianesca, que no es despótica, que no es servil, que no es ignara; que hay, en fin, dos Españas, como hay dos Francias, dos Italias, etc.?

Pues sí; hay otra España que no se quiere conocer, de la que por acá mismo no se tienen muchas noticias. Socialmente hay una España opuesta a la chulapería y a los toros, una España que estudia y labora por un mejor estado; que desarrolla y extiende la cultura, fomenta las artes y moraliza las costumbres.

altisonantes conceptos; a unas entidades metafísicas, contestamos con otras abstrusas entidades; a unos artificios, sustituimos otros artificios. La herencia es más poderosa que nuestra razón y que nuestra voluntad.

En el determinismo fisiológico y social hay explicación para el fenómeno; pero en la inconsciencia de la realidad y en la ignorancia del saber humano sería menester que buscáramos la causa eficiente de nuestra impotencia renovadora.

Pretendemos ser científicos, y andamos ayunos de ciencia. Queremos ser prácticos, y divagamos atrozmente. Soñamos con la vida sencilla y natural, y no hacemos sino acumular complicaciones y amontonar viejos o nuevos cachivaches. Es que hemos adquirido las palabras y no las realidades. Es que ha sonado agradablemente en nuestros oídos la palabra saber, pero no hemos podido todavía apoderarnos del ritmo armónico de su contenido. Somos nuevos por el deseo, caducos por el conocimiento.

Y así, tan verbalistas como nuestros contrincantes, giramos constantemente en un círculo vicioso.

En ninguna de nuestras manifestaciones activas como en materia de enseñanza, se muestra más claramente esta triste realidad. En nuestras escuelas se atiborra a los niños de ingestas palabras, palabras que quieren ser algo, que algo encierran en el generoso deseo del que las profiere, pero que en realidad de verdad no llevan al cerebro ni un solo rayo de luz. Enseñamos y aprendemos, como antes, figuras retóricas, conceptos filosóficos, abstrusas metafísicas, artificios lógicos; nada de realidades, nada de verdades experimentales. Poner la experiencia, los hechos, ante las criaturas y dejar que ellas mismas se hagan su conocimiento, su lógica, su ciencia, es cosa que no entra en nuestros cálculos. Es más sencilla y más cómoda la rutina de darles opiniones hechas, de llenarles la cabeza de discursos vehementes; de sugerirles argumentos en correcta formación. Buena voluntad no falta. Lo que faltan son medios y conocimientos, educación pedagógica y ecuanimidad doctrinal.

Habríamos de aprender primeramente que en la realidad está toda la experiencia y que en la experiencia está toda la ciencia, para que nos diéramos cuenta de que la enseñanza se reduce a lecciones de cosas y no a lecciones de palabras. Y aprendiéndolo primero, estaríamos luego en camino de adquirir los mejores métodos, para que la realidad misma, no el maestro, fuera grabando en el cerebro y en la conciencia de las criaturas aquellos ejemplos de bondad, de amor, de justicia que hubieran de constituir el futuro hombre de una sociedad de justicia, de amor y de bondad.

Sin quererlo, fabricamos hoy hombres a medida de nuestros prejuicios, de nuestras rutinas, de nuestra insuficiencia científica porque somos verbalistas y estamos nosotros mismos hechos a la medida de otros verbalismos que repudiamos. ¡Cuántos bellos discursos infructuosos! ¡Cuántos impotentes esfuerzos intelectuales de sugestión de ideas! ¡Cuántas energías mal gastadas en vanas divagaciones!

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencillo que todo eso. Sin grandes sabidurías, se puede enseñar grandes cosas;

diríamos mejor, se puede hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de imposición, se puede obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que le rodea, los hechos de naturaleza y los hechos sociales, para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se forme su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones que acaso los más elocuentes discursos no lograrían meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, con la única base sólida de la razón. Sin hechos, sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comúnmente.

Nuestros esfuerzos, en materia de enseñanza, deben tender, no a un proselitismo extensivo, sino al cultivo intensivo de las inteligencias. Un puñado de niños hechos a su propia medida y por su propia iniciativa, será una mayor conquista que si ganáramos algunos millares de ellos para determinadas ideas.

Es de tal eficacia el factor libertad, que hasta en las criaturas educadas en el abandono da sus beneficiosos frutos. No hay golfo tonto, ni pilluelo que no sea inteligente.

Y si en la humanidad persiste la esclavitud moral y material, es porque precisamente se ha empleado en la enseñanza el factor imposición. El instrumento de esta imposición ha sido y es el verbalismo; el verbalismo teológico, metafísico o filosófico. ¿Queremos una enseñanza nueva? Pues nada de verbalismo ni de imposición. Experiencia, observación, análisis, completa libertad de juicio, y los hombres del porvenir no tendrán que reprocharnos la continuación de la cadena que queremos romper.

El verbalismo es la peste de la humanidad. En la enseñanza es peor que la peste: es la atrofia, cuando no la muerte, de la inteligencia.

(El Libertario, núm. 7, Gijón 21 Septiembre 1912.)

VIDA ESPAÑOLA

LAS DOS ESPAÑAS

No voy a hablar, naturalmente, a título de patrieta; pero como pudiera parecerlo, allá va una pequeña digresión a tal propósito.

Sustituir una preocupación a otra preocupación, un prejuicio a otro prejuicio, nada resuelve ni nada corrige. La afirmación de la patria, estado de fuerza o de derecho, nada o poco tiene que ver con la afirmación de la patria, estado afectivo. Se puede sentir hondamente las cosas de la tierra y ser tan cosmopolita como se quiera. Para negar las patrias, expresión de antagonismos irreductibles, no es menester que demos de bruces en el exclusivismo que halla bueno, excelente, todo lo distante; y malo, más bien pésimo, todo lo próximo, por la sola razón de referirse a la patria propia. Es esta una manera de ser patriota al revés, es decir, patriota de las otras patrias. Para tratar despasionalmente cualquier asunto que con la idea o la realidad de la patria se refiera, hay que estar curado de esos dos prejuicios, igualmente dañosos.

¿Puede, en ese supuesto, hablar un anarquista de cualquier país, así haya nacido en él, y examinar, sin *parti pris*, las condiciones recomendables o censurables del mismo? Creo que la respuesta no es dudosa.

Parezca lo que parezca, así se me tache de patriolero, amparado en una razón y en un derecho, que tengo por indiscutible, voy a decir, a renglón seguido, lo que pienso de ciertos juicios y de ciertas afirmaciones referentes a España.

Anda por ahí una leyenda que nos pinta como país absolutamente ignorante, degenerado por la tauronagüía y el flamenquismo, sometido servilmente a la más dura tiranía, atenuado por el alavismo inquisitorial. Aquí, por lo visto, llevan todavía las mujeres la navaja en la liga, perdura el derecho de pernada, subsisten los señores feudales y la sopa de convento, se mata el hambre arañando rabiosamente las cuerdas de la guitarra, y entre cañas y toros, y juergas y rezos, el pueblo español está tan embrutecido ogado como antaño. Los demás países de Europa y América nos miran como bichos raros y nosotros mismos parecemos complacidos de que se nos tenga por anacrónicos.

Dije leyenda y no rectifico. Porque España, a la hora presente, guarda sin duda reminiscencias del tiempo viejo (¿cómo negarlo?); conserva acaso demasiados restos del dominio inquisitorial y del despotismo político; anda sin pulso, en crisis innegable de transición; persiste en su idiosincrasia singular, en costumbres y hábitos que tal vez arraiguen en el carácter y en

El temple romántico de Verhaeren



El centenario de Verhaeren ha sido celebrado este año. El gran poeta belga nació el 25 de mayo de 1855, en una pequeña localidad de Flandes, la tierra natal que, con inigualada estrofa, supo evocar con todo el colorido de la realidad.

Indudablemente, la vida tiene sus paradojas: este poeta, como Walt Whitman, entonó loas al progreso mecánico; al trepidar de la civilización, dinámica y febril, fué víctima de uno de los factores del progreso que tanto había ensalzado. Era en noviembre de 1916; la brutal acometida del ejército teutón, invadiendo las tierras de Bélgica, encrespó su indignación, dictándole su libro de poemas «Les ailes rouges de la guerre», donde evoca cómo vive el país natal: «Dans la gloire et sa flamme, et de deuil et sa cendre». En ocasión de haber ido a Rouen para dar una conferencia, tuvo un fatal accidente. Ya de regreso, al ir a montar al tren, estando éste en marcha, resbaló, cayendo a los rails. Por su cuerpo pasaron las ruedas del tren, destrozándole horriblemente.

En ocasión del centenario del poeta de «Toute la Flandre» se han celebrado actos de homenaje, particularmente en Bélgica, Francia, Suiza e Italia. En una y otra parte se han reunido escritores, artistas y poetas, para hablar de Verhaeren. No han faltado tampoco esos personajes de relumbrón, que acuden a conmemoraciones y homenajes para rendir honores, después de muertos, a quienes en vida maldito lo que de ellos se preocuparon.

Si convenimos, con Han Ryner, que tanto admiraba a Verhaeren, que hablar de éste no es como esos factores de «palpitante actualidad», «cosa de un día o de un trimestre». Siempre ha de resultar adecuado referirse al «poeta inmortal» de «Las Campagnes Hallucinées», se trate o no de su aniversario.

Ciertamente, como ha dicho Maurice Garçon, representando a la Academia Francesa en el centenario de Verhaeren, «el mundo está lleno de poetas, pero son escasos aquellos que perduran en el recuerdo, pasado ya su tiempo». En efecto: pocos son aquellos cuya obra desafía la turbulencia de la época; aquellos que, pese a las innovaciones, quedan en la memoria. El hervor del romanticismo dió alas a la fantasía; y las musas, descendiendo del Olimpo, prodigaron la inspiración. Hubo poetas por doquier; brotaban como las setas en otoño. ¿Cuántos son en España aquellos que, tras el apogeo romántico del siglo XIX, dejaron huella imperecedera en las letras hispanas? Bien pocos: Gustavo Adolfo Bécquer (quien, según Pio Baroja, es el mejor poeta del siglo pasado), Espronceda, Maragall y Rosalía de Castro. Por su facilidad en la versificación, por la musicalidad de la estrofa, y por el sentido popular de sus composiciones, quedan en el recuerdo Ramón de Campoamor y José Zorrilla. Mas, poetas con venero fluyendo de la propia entraña, como lo eran Verlaine y Baudelaire, en

Francia, pocos hemos tenido en España rayando a la altura de Bécquer y Rosalía de Castro.

Verhaeren, según algunos críticos, al conquistar la libertad en el verso, se adaptó a la libertad de espíritu. Y, como Walt Whitman, por su libertad de espíritu, depasa el marco del país y su estro se eleva más allá de la lengua en que fueron escritos sus poemas, alcanzando así un carácter universalista. Lo propio acontece con Verhaeren.

La pluma inquieta, incisiva, irreverente de Laurent Tailhade, que sabía arremeter con arrogancia y donaire contra reputaciones consagradas por la fama, rindió cumplida pleitesía de admiración al autor de «Les Villes Tentaculaires». Escribió: «El vigor de todo el país de Flandes, el gesto heroico de los hombres del pasado; la gloria de un Artevelde; la potencia activa de las corporaciones y de los oficios, revivían en los poemas sanguíneos, vibrantes de color. Después era la calma del paisaje, la tierra fértil, en donde madura el trigo junto a los pozos de la hulla. Era también la alegría desbordante, la embriaguez, el gran jolgorio de las «kermesses», la dionisiaca expansividad de los bebedores que pintaron Teniers, Van Steen y la raza de los Breughel. Eran también esos amontonamientos de carne, a lo Rubens; el exuberante triunfo de la fuerza, de la alegría del trabajo. «El Descargador», de Constantino Meunier, en el Museo de Amberes, no tiene el pectoral, los músculos más sólidos que los poemas de Emilio Verhaeren. Este hijo de Flandes expresaba con amor el vigor, la belleza, la industria, la impulsividad voluptuosa de su país natal.

Tres o cuatro periodos bien diferentes abarca la extensa obra poética de Verhaeren, comparable, en su fecundidad, a la de Victor Hugo. Según la crítica literaria, puede definirse el primero como periodo parnasiano. Destacan en él sus obras «Les Flamandes» y «Les Moines». He ahí unos versos del primero de ellos:

«Tout s'anéantissait dans la mort coutumière,
Dans la chute du jour : couleurs, parfums, lumière,
Explosions de sève et splendeurs d'horizons;
Des brouillards s'étendaient en linéaux aux moissons.
Des routes s'enfonçaient dans le soir, infinies,
Et les grands bœufs semblaient râler ses agonies.»

Visión serena de la natura, con la melancolía del atardecer. Reposo de égloga sobre los campos. Calma reflexiva en los seres.

En «Les Moines» hay versos matizados de un fervor apostólico, que recuerda el clamor redentorista de un Lammennais, con evocaciones que diríase están inspirados por la figura de esos monjes, de atormentada expresión, que vemos en los cuadros de Ribera y de Zurbarán:

«Je vous invoque ici, Moines apostoliques,
Chandeliers d'or, flambeaux de foi, porteurs de feu.»

De la etapa simbolista y decadente, son sus obras «Les Soirs», «Les Débâcles», etc.

«Les complaintes qu'on va chantant par la grand'route,
Avec leurs vieux refrains de banal désespoir,
Avec leurs mots en panne et leur rythme en déroute,
Meurent, en cette fin de dimanche et de soir.»

En «Fleur fatale», del libro «Les Débâcles» el poeta se queja de que lo absurdo prepondere, como una flor fatal, en el ámbito de los sentidos, de los corazones, y de los cerebros. Aquí la inspiración de sus poemas diríase que gravita en torno al ineluctable destino de las cosas, que van tomando, en su íntima expresión, un tono triste y de caducidad...

Pero el espíritu inquieto de Verhaeren, a la postre, deja como un gravoso lastre, el sentido pesimista, decadente, desolado, en que ha ido debatiéndose durante un prolongado período de su vida. Trayectoria literaria seguida por otro gran poeta de su generación y del mismo país, el autor de «Brujas la Muerta», Georges Rodenbach. Verhaeren toma contacto con lo popular; se adentra en la entraña del pueblo que trabaja, rompiendo con un pasado de enfermedad introspección. Ante su mirada aparece, con fascinante intensidad, todo el panorama social. Entra en una fase de dinamismo. Su innato romanticismo se templea en el embravecido mar de la vida. Se hace eco de sus turbulencias, de su impulso y pasión. De este nuevo período son, entre otras, las obras: «Villes Tentaculaires», «Forces Tumultueuses», «Multiple Splendeur».

Verhaeren, como Walt Whitman, penetra en nuestra época febril de maquinismo, de acción. Rompe con un pasado de estático sentimentalismo, y, sin que renuncie a celebrar la belleza de los campos, o las delicias del amor, fascinado por el trepidar de la mecánica, se entusiasma ante el motor, de fuerza prepotente; ante la dinamo, que engendra energía y luz; ante el crisol, repleto de hirviente metal, y que, en una apoteosis de llamas y rojas chispas de fuego, le da vida al acero que ha de reforzar el casco del buque que, rauda, cruza el mar; que ha de darle la potencia al tractor o a la locomotora. Como ha dicho Maurice Donnay: «Enfebrecido por el dinamismo exasperado de nuestra época, encontró la poesía en las sombrías profundidades de la mina, así como en las tareas de la forja».

Mas al admirar el dinamismo, las «fuerzas tumultuosas» de nuestra edad industrial, el poeta fija también su atención en aquellos que representan la fuerza propulsora del progreso material: los trabajadores. Y, con valentía, indiferente al hecho de que puedan escandalizarse quienes, en el mundo de las letras ensalzan su nombre de «poeta consagrado», toma posición en favor de los obreros. Enfrentado contra todo lo que es tradición en la vida del pueblo anónimo, del pueblo que labora y sufre, el poeta ensalza la acción revolucionaria, la insurgencia de las multitudes. Así, en el poema «La Foule», del libro «Les Visages de la Vie», dice:

«Grande heure, où les aspects du monde changent,
Où ce qui fut juste et sacré paraît étrange,
Où la foule, maîtresse enfin de sa colère,
Comptant et recomptant ses maux séculaires,
Sur le bloc de sa force érige un nouveau droit.»

Anhela ese momento de eclosión revolucionaria en que los aspectos de la vida social lleguen a transformarse. En donde lo considerado como «sagrado» se estime deleznable. En que las multitudes, fuertes en su justa e imponente indignación, rompiendo con el malestar secular, labren un nuevo Derecho.

Enrique Heine, decía que los versos traducidos son como rayos de luna disecados. Un reparo detiene el ánimo al tratar de traducir al castellano cualquier poema de Verhaeren: el temor de que pierda el profundo sentido, la esencia que le son propios. Sería algo magnífico poder conseguir que con la traducción sus poemas conservaran el colorido y el vigor del original.

En su obra «Les forces tumultueuses», está la poesía que lleva por título «Un Matin». Es un canto a la libertad, a la plenitud de la vida, a la independencia en el seno de la natura. Trataré de traducir unos fragmentos:

«En la mañana, por mis sendas de costumbre,
Que atraviesan campos y huertas,
He partido, despejado y ligero,
Mi cuerpo saturado de viento y de luz.

Camino, no sé a dónde. Camino, soy feliz.
Hay fiesta y alegría en mi pecho;
¡Qué me importan derechos y doctrinas!
Bajo mis pies polvorientos suena el roce del guijarro.

Voy con el orgullo de amar el aire y la tierra;
De ser inmenso, y de ser loco;
De unir el mundo, el Todo,
¡A mi embriaguez de vida elemental!»

Gran amigo de Verhaeren lo fué Romain Rolland. Al cumplirse un año del fallecimiento de aquél, el conocido escritor francés decía: «Verhaeren era el sólo gran poeta de nuestro tiempo que anhelaba la unión del pueblo y del arte. El alma de las multitudes modernas, del ejército del trabajo, de las ciudades trepidantes, de las fuerzas tumultuosas, rugía en sus versos. Y el viento de las llanuras de Flandes perseguía a las nubes. El mago que desencadenaba esos ritmos soberanos no era menos excepcional por su carácter que por su obra. El más impetuoso de los poetas franceses, tras el fallecimiento de Hugo; el sopro más violento; el espíritu más épico, embriagado de movimiento y apasionado de fuerza, era en la vida uno de esos seres de candor bonachón, de que habla el Sermón de la Montaña. Ofrecía una impresión refrigerante el hallar, entre los hombres de letras parisinos, a este artista de corazón simple, afectuoso, ingenuo, todo bondad y modestia; siempre feliz al poder amar. Dispuesto a la admiración sin sombra de un pensamiento de amor propio o de envidia.»

Esa bondad del gran poeta, que recordaba Romain Rolland, trasciende en poemas como «El Esfuerzo», en donde vibra un cálido afecto para con todos los obreros del músculo que, acá o acullá, en unas o en otras actividades, ponen las energías en tensión al desarrollar la tarea. En «La Vie», donde aconseja:

«Il faut admirer tout pour s'exalter soi même».

Fluye de su corazón una corriente de humanitarismo, de solidaridad y de esperanza ante el dolor común:

CUENTOS DE LA NOCHE

EL ROBO



CULTA un momento entre las nubes, la faz burlona de la luna apareció de lado, como si mirase con un solo ojo lo que Luis estaba haciendo.

Nunca el muchacho había pasado mayor terror en su vida. Aquella casa silenciosa, desconocida, inmensa, le aterraba. Era su primer robo. Cómo llegó a decidirse a emprender aquel extraño

camino, sería difícilmente explicable.

Sus padres quisieron muy bien educarle. Comerciantes en una pequeña ciudad, tenían algunos bienes de fortuna y se propusieron hacer de su hijo un hombre de carrera. El muchacho no era tonto pero sí indolente, incapaz de trabajo continuado. Los estudios le interesaban a medias. Si bien algunos aspectos le apasionaban, otros le dejaban por completo indiferente. Fué, sin embargo, siguiendo normalmente el desarrollo de las clases, hasta los momentos trágicos del examen del bachillerato. Allí se estrelló por tres veces. Los padres, ofuscados por sus esperanzas fallidas y su amor propio herido, se mostraron intratables.

—Ya que no eres capaz de estudiar, te quedan dos soluciones: volver al pueblo y ayudarnos a nosotros, o ponerte a trabajar en la ciudad de lo que quieras o

seas capaz. Desde luego, se acabaron pensiones y regalos. Nosotros, a los 20 años cumplidos que tu tienes, hacia ya cinco que nos ganábamos las judías.

Luis no carecía de orgullo y de sensibilidad. Profundamente vejado por actitud tan injusta—en su opinión—decidió no volver al pueblo y buscarse trabajo en la ciudad. Claro que esto no era cosa fácil. ¡Había tantos muchachos como él, con estudios a medio terminar y sin ninguna profesión definida!

Honradamente, intentó trabajar en no importa qué. Pero también era duro hacer de peón, cuando se había seguido hasta la primera en un Liceo. Sin saber cómo, contrajo amistades un poco suspectas. Sobre todo la de un mozo llamado Augusto, que estuvo seis meses en la cárcel por un hurto sin importancia y salió de ella hecho un pillo redomado.

Este se dedicaba a un trabajo en apariencia insignificante y evidentemente lucrativo. Servía de indicador a una banda de ganapanes dedicados a desvalijar pisos inhabitados. La función de Augusto consistía simplemente en averiguar las personas más o menos consideradas en buena situación que salían de vacaciones y en señalar las señas a la banda. Por esta simple indicación, tenía un tanto por ciento en los

«Aimer, avec ferveur soi-même et tous les autres,
Qui s'exaltent de même en de mêmes combats
Vers le même avenir dont on a entendu le pas;
Aimer leur cœur et leur cerveau pareils aux vôtres
Parce qu'ils ont souffert, en des jours noirs et fous,
Même angoise, même affre et même deuil que nous.»

En ocasión del centenario, en la Casa del Pueblo de Bruselas, tuvo lugar un homenaje a Verhaeren. Actos de esta naturaleza los ha habido también en otras partes. Y, como ocurre con todos los grandes poetas o artistas de espíritu libre, no han faltado quienes han querido colocarle una filiación al autor a «Toute la Flandre». No se tiene en cuenta que hay espíritus independientes a los que no puede embutirse en ningún molde. No deben ser encasillados.

La exaltación romántica, caracterizada por los indisciplinados, por los partidarios de la libertad moral y el individualismo literario, por el amor a la naturaleza y a la espontaneidad de los sentimientos, con quienes más pueden tener analogía de sentir es con cuantos detestan la imposición, la propensión autoritaria, de dondequiera que proceda. Así Shelley, el gran lírico inglés, ensalzando a Prometeo, enfrentado con la tiranía del prepotente Júpiter. Así Espronceda en su popular «Canción del Pirata»:

«Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo
sacudí.»

Son estos poetas, a modo de fuerzas propulsoras de libertad, de progreso moral. Independientemente de etiquetas, han dejado senda abierta. Y esto es lo que merece tenerse en estima.

FONTAURA

beneficios, que le era leal y escrupulosamente entregado después de cada golpe.

Augusto le dijo un día a Luis:

—Para ti tengo una cosa sencilla, sin riesgo alguno. Es un matrimonio de profesores que saldrán la semana que viene de vacaciones. En su casa hay una buena vajilla y muchos objetos de valor. No tienes más que llevarte un saco, un ruiseñor y una pila. Arramblas con cuantos objetos comprendas que tienen un precio. Yo ya cuidaré de venderlos. De lo que saque me quedará el tanto por ciento que me corresponde y tú embolsarás el resto. En un par de horas puedes ganarte veinte o treinta mil francos.

Luis aceptó, deslumbrado por la perspectiva de ganar tanto dinero con un mínimo esfuerzo y sin ningún riesgo, como Augusto le afirmaba.

Pero nadie podía librarle de esa emoción y de ese pánico que le oprimía el estómago con una mano de hierro y le secaba la boca, como si de repente sus glándulas salivares hubiesen quedado atrofiadas.

*

Avanzaba con precaución, lentamente, precedido por la luz de la lámpara eléctrica. Primero un corredor, al final del que había una escalera que conducía al primer piso. A ambos lados del corredor, dos puertas. Las dos primeras conducían al despacho del profesor y al salón. Las dos últimas a la cocina y al comedor. Desdeñó la cocina, penetrando en el comedor. El buffet y la desserte estaban cerrados con llave. Pero su ruiseñor los abrió fácilmente. Un hermoso servicio de plata le deslumbró un momento, desapareciendo muy pronto dentro de su saco. Las porcelanas y la cristalería no le interesaban. Podían romperse fácilmente.

Abandonó el comedor, iniciando la ascensión del segundo piso. Desde la ventana de la escalera percibió el rostro burlón de la luna y una impresión desagradable le estremeció de pies a cabeza. Pensó:

—¿Y si contra lo que Augusto cree, hay alguien durmiendo arriba?

Asimismo buscó tranquilizarse. Si alguien hubiese habido, algo habría ya notado de sus idas y venidas por la casa. Animo, pues. Debía esforzarse en dominar sus nervios. Si Augusto supiera lo apocado de su carácter, no se preocuparía más de buscarle negocios fáciles y de rápido y cómodo beneficio.

La disposición del piso era parecida a la de los bajos. La primera puerta que abrió era la del cuarto de baño. La segunda, un dormitorio con la cama hecha y sin huellas de haber dormido nadie en ella desde hacía días.

Entró, sin embargo, buscando en el armario de luna y en la cómoda algún joyero o algún objeto de valor o suma en metálico encerrada. No encontró nada. Sin duda se trataba de la «chambre d'amis» que se encuentra en todas las casas de gente acomodada.

Volvió a salir al corredor y se dirigió hacia la puerta del cuarto colocado encima del salón ya visitado abajo. Evidentemente, debía ser la habitación del matrimonio. La puerta estaba abierta. Luis la empujó con precaución, barriéndola con la luz de su pila. El

espectáculo que vieron sus ojos, absolutamente inesperado, le puso los pelos de punta.

A los pies de la gran cama de matrimonio, con una pierna encogida y los brazos abiertos en cruz, había un hombre. La inmovilidad de aquel cuerpo fué para Luis más horrible que cualquier movimiento amenazador.

Su primer gesto fué volver atrás y bajar las escaleras como si media docena de hombres le persiguieran. Tropezó al final de la escalera y cayó contra la pared del corredor con un ruido sordo.

Literalmente aterrado, quedó un instante casi sin sentido. Poco a poco algo de serenidad volvió a su espíritu y, con ella, la facultad del raciocinio. Lo que se imponía era marchar lo antes posible de aquella casa. Pero, a la vez, una ardiente curiosidad le impulsaba a volver arriba, a averiguar si aquel hombre estaba muerto o simplemente desvanecido. Luchando entre este segundo sentimiento y el primero, se puso en pie y permaneció un instante con la mano puesta en la barandilla de la escalera. Al fin, decidido, volvió a subir y entró rápidamente en el cuarto donde había visto al hombre tendido. Ni le había mirado siquiera. Cuando se acercó a él, vió su semblante inmóvil, con dos ojos abiertos de mirada vidriosa y fija. Bastaba observarlos, para comprender que se encontraba ante un cadáver.

—¿Se ha muerto o lo han matado?—, se preguntó de nuevo Luis, a su vez más muerto que vivo.



Separó delicadamente la americana que cruzaba el pecho del hombre y vió la camisa cubierta de sangre.

—¡Le han pegado un tiro!

Los dientes de Luis se entrechocaron. Un sudor frío le invadió la frente, le heló la espalda. Miró otra vez al muerto—un hombre de una cuarentena de años—, de semblante enérgico y de pobladas cejas—todo lo que pudo percibir de él en medio de su turbación y de su espanto—y se preguntó:

—¿Es el profesor u otra persona?

Dirigió una mirada circular a la pieza. Se le ocurrió pensar que aquel hombre estaba muerto de hacía muy pocas horas, a juzgar por la sangre todavía fresca que cubría su camisa. Se dijo que quizá el asesino estaba todavía en la casa. Que su vida corría asimismo peligro.

Se incorporó rápidamente y apagando la pila, tropezando con los muebles, completamente alocado, empezó a descender las escaleras, pareciéndole a cada paso que oía una respiración detrás suyo.

Sin pensar en recoger el saco dejado en el comedor, sin cerrar la puerta abierta con el ruiseñor, Luis huyó de la casa del crimen como alma que lleva el diablo.

A la mañana siguiente, sin ver a Augusto, cogió el primer tren que salía para el pueblo donde vivían sus padres. Todo el resto de la noche lo había pasado pensando en las huellas dactilares dejadas, en todos los indicios que podrían conducir a la policía hasta él, haciéndole responsable del crimen cometido.

Cuando su madre le vió, desencajado, sin afeitar, con expresión de desequilibrio, fundidos todos los resquemores en una compasión profunda, prorrumpió abrazándole:

—¡Pero de dónde sales, hijo mío! ¡Tienes cara de desenterrado!

Pasó dos o tres días sin otra idea que adquirir los

diarios. Quería saber en qué había terminado aquella trágica aventura, tranquilizarse a sí mismo, viendo alejarse de él el peligro de complicaciones.

Al cuarto día, los periódicos publicaron la siguiente nota:

«En su domicilio, calle de... ha sido descubierto el cadáver del señor P..., distinguido profesor de historia de la Universidad de... En el chalet ocupado por el Sr. P. y su esposa, se ha encontrado un saco conteniendo objetos de valor pertenecientes a los señores P. La puerta estaba abierta con un ruiseñor encontrado al pie de la misma. Se calcula que el señor P. ha sido asesinado por un ladrón entrado en el piso mientras el señor P. se encontraba en su cuarto, presto a acostarse. La señora P., ausente del domicilio conyugal por hallarse en un «yatch» de un amigo de la familia efectuando un viaje de placer por el Mediterráneo, ha sido advertida por radio del fin trágico de su esposo.

»La policía desespera de encontrar el malhechor que, después de intentar robarle, ha asesinado al señor P.»

Luis plegó el diario y miró con extravío en torno suyo. No le quedaban más que dos soluciones: o callarse, dejando persistir la versión policiaca, o hablar, presentándose y contando la verdad que no sería creída.

Calló. ¿Podía hacer otra cosa?

La muerte del Sr. P. fué cargada a la conciencia de las bandas de malhechores que turbaban la paz de la gente honrada. La señora P. fué muy compadecida. Como era más joven que su marido, elegante y bella, no tardó en contraer segundas nupcias con un joven abogado, también amigo de la familia.

La moral de la sociedad y el prestigio de las clases directoras quedaron completamente a salvo.

Federica MONTSENY



REFLEJOS EN EL AGUA

CAPRICHOS DE UN HOMBRE



Se anuncia en Nueva York, Washington y San Francisco, usa exposición de grabados de Goya. Los norteamericanos, tendrán de esta suerte, motivos para conocer, lo que fué y aún es; la auténtica e insobornable España; no la falsificada, por sinrazones políticas, que al caso no hacen. El ofrecimiento del Museo del Prado, al exhibir sus colecciones, es un rasgo de cortesía; no nos atrevemos a decir de discreción. Pudiérase haber escogido otro artista, a tono con las circunstancias del momento, en las encrucijadas del desconcierto internacional. De vivir hoy Goya, sin jactarnos de zahoris, es seguro, que no se hallaría en su patria, si en México, entre nosotros, y nada más fácil que toparnos con su estrafalaria figura, hermana de la de Beethoven, a la vuelta de la esquina. Adelantándonos al homenaje, que recibirá más allá del Bravo, rindamos el nuestro; a quien fué amo y señor de la luz. También de las sombras. Don Francisco de Goya y Lucientes, aragonés altivo, henchido de savia, se prodigó en su vida y en sus obras, con exuberante generosidad, para regalo de los aficionados a intrigas novelescas y entusiastas de la belleza.

Desde sus primeros y recios pasos, en Zaragoza y en Madrid, da numerosos traspies, por seguir huellas femeninas, con su cortejo de noviazgos, riñas y desafíos. Lo mismo sucede en Roma, donde escala las tapias de un convento, y no precisamente con el fin de hacer votos, quien fuera tan amante de la libertad y de respirar a sus anchas, con el pensamiento y el corazón. Vuelto a Madrid, nuestro don Juan se casa; pero el matrimonio es cauce demasiado estrecho, para sus desaforadas inquietudes de amor. Su excelente esposa, hermana del pintor Bayeu, le abruma con veinte hijos; no la felicidad, que busca y logra, fuera del hogar, sin olvido de las obligaciones familiares. En plena juventud empieza a pintar cartones, para la Real Fábrica de Tapices, acusando insuperable maestría en el dibujo y colorido. En ellos refleja la tristeza española, siniestra herencia austriaca, que se atenúa al declinar el reinado de Carlos III, y el de su sucesor, el IV de los Carlos. Monarca éste, tonto y bonachón, apasionado de la veneria, de cabeza adornada por los desmanes eróticos de María Luisa, y cuya estatua podemos contemplar vestido de emperador romano. Con irreverencia, justiciera en el fondo, le llamamos el «Caballito»; el noble bruto vale más que el jinete del eximio Tolsa. El pueblo se pasea, baila, juega, se divierte y celebra fiestas al aire libre, bajo la mirada adulta de la Inquisición, que olfatea aquí y allá, tufillos de herejía, llegados de Francia. ¿Cómo no han quemado, a ese réprobo de Monsieur de Voltaire? A orillas

del Manzanares, en la Pradera de San Isidro, majas y chisperos se mezclan con duquesas y grandes señores. Se anudan intrigas galantes y entonan jácaras y canciones. Los ojos alerta de Goya, no sólo se recrean en estas amables escenas de risa y alborozo. Ve el drama del albañil, al caerse del andamio. ¿Quién se había fijado hasta entonces en un hecho tan insignificante? Es un pintor raro. También concentra su atención en el resignado sufrimiento de una joven que va a desposarse con un viejo. Las niñas de entonces, obedientes, sumisas, decían «sí», por motivos ajenos a su querer. Con Moratin, «El sí de las Niñas», se convierte en un «no»: la autoridad paterna se halla en quebranto.

Goya ha triunfado, es el artista de moda. Quien de algo se precia, debe ser retratado por él. Por su taller desfilan encopetadas damas y encumbrados personajes, que solicitan con insistencia el honor de pasar a la posteridad, gracias a la magia de su pincel. Demos de lado, la firme elegancia del dibujo y riqueza de color, a que tanto se prestan los trajes de la época; recordemos lo fiel del parecido. En sus caras aflora lo que había dentro, escondido, que acaso ignoraba el propio retratado. La mirada, expresión de la boca, un gesto apenas perceptible, revelan su psicología. Es pintor de carnes y espíritu; aunque cortesano, en modo alguno adulador. «La Familia de Carlos IV», más que cuadro es una sátira implacable de los regios personajes, que en él figuran. Envueltas en suntuosas galas, aparecen la lascivia otoñal de María Luisa, la estulticia de su esposo, la incipiente falacia y crueldad, del que fuera Fernando VII. Examinándolos, se puede reconstruir su historia. Semejante osadía, nunca se viera en un pintor de Cámara; fué la paleta el instrumento de su desprecio y venganza. Hasta entonces, Goya es feliz. Famoso, libre, rico, mimado por los poderosos, goza febrilmente de la existencia, sin frontera alguna que marque un alto a sus deseos. A los placeres de la creación estética, unía los del amor, mejor dicho de las aventuras galantes, en que muy afortunado fuera. Un duende travieso o hada madrina, hizo se cruzase en su camino una mujer que llenó su vida con intensos goces y desgarradoras penas. ¿Acaso no es de ley que vayan juntos? Fué la duquesa Cayetana de Alba. Esta hembra, voluptuosa, menuda y bravia, se adentra en su espíritu y encendida carne, de tal modo que llega a ser su obsesión. La gran señora, enferma de tisis y de mal de amores, es muy dada a fantasías y, veleidoso, rivaliza en caprichos y lujo con la misma reina.

Las pasiones en edad madura, adquieren caracteres dramáticos. Quizá sea, porque dado el curso normal de la vida, tenemos más tiempo atrás, que delante. Entonces, lo que inexorablemente se llevan las horas, sin esperanza de retorno,

queremos rescatarlo, con la intensidad de los días; horas a veces. Sentimos que la muerte nos muerde en los talones. Y mediante el amor, la gran ilusión — desilusión también — nos engañamos nosotros mismos, intentando detener el cambio y mudanza, propios de nuestra perecedera condición. Algo así debió suceder a Goya, aunque por muy hombre, lo ocultara con recato. La duquesa Cayetana se convierte en la mujer, y ésta en la «Maja». Con qué deleite la pinta, con su cintura quebrada, pie pequeño, de arqueado empeine y ojos negros, donde llama el deseo. El goce de aquella hermosa criatura, si satisface al hombre, no basta al artista. ¿Por qué han de quedar ignorados sus encantos? ¿No es su cuerpo una obra de arte, una estatua viva, de que la naturaleza fuera artífice? Ahí está la «Maja desnuda», reclinada sobre dos almohadones y un paño, con las manos enlazadas detrás de la cabeza, luciendo su impudor, en actitud de reto. Cuentan a este propósito, que en época de don Alfonso XIII, fué a visitar el Museo del Prado, un príncipe nórdico y por ello, alto, rubicundo, inofensivo y democrata. Le acompañaban el soberano y el duque de Alba, que ha poco murió en Suiza. Recorrieron las salas y frente a los retratos de los Habsburgos y Borbones, el duque, luego de cortesana reverencia, decía a su Alteza: Es un antepasado de Su Majestad. Como las efigies de Felipe III, Carlos II, Carlos IV y Fernando VII, por su aspecto de imbecilidad o plebeyez, no atraen elogio ni simpatía suscitan, don Alfonso, dándose cuenta de la impresión que produjeron a su huésped, se sintió amostazado, esperando el momento del desquite. Cuando el príncipe admiraba la Maja Desnuda, y antes de que el aristocrático «cicerone», pudiera hablar, exclamó con sorna: «Esta señora es una abuela del duque»...

Alguien observó con perspicacia, que Goya, al revés del Dante, comienza su viaje en el Paraíso y termina en el Infierno. Con los desengaños amorosos, la sordera, la barbarie de los soldados de Napoleón y los crímenes del absolutismo

en su patria, su visión alegre y sonriente de la vida, se transforma en pesimismo trágico y desgarrador. En su espíritu genial, atormentado, hierve un mundo tenebroso de ideas audaces, que indistintamente expresa con el lápiz, la pluma y el buril. Luego de la debida reverencia ante las desgarradoras «Escenas de la Guerra» y la «Tauromaquia», arte en que fuera ducho, ya que se jacta de haber sido torero, traigamos al recuerdo los «Caprichos y Disparates». Nada más desconcertante y deslumbrador, pese a sus sombrías tintas. En las aguafuertes, sobre el fondo oscuro, surgen apariciones siniestras: brujas, diablos, vampiros, gnomos, fetos alados; muertos, monstruos indefinidos. Mucho nos dicen y nos sugieren más. Es un Titán que se alza contra la superstición, la injusticia, la tiranía, el egoísmo, la estupidez, la crueldad, la avaricia, la traición y las miserias de su siglo y de siempre; pues su obra, se amasa con fango humano. No hay creencias, instituciones, leyes y personajes, de que no se burle. Por sensible a la belleza, y ávido de juventud, se ensaña con las mujeres viejas, que llevan en sus caras el surco de los años y en sus carnes las huellas del ocaso. Con excepción de su madre, a quien en un retrato que existía en el Museo del Emperador, en Berlín, la envuelve con emoción, en delicados velos de ternura. De sus grabados se desprende una atmósfera de aquelarre, que nos envenena con sus pesadillas y aleja de la realidad. Por su fantasía desbordada, que infunde espanto y mueve a terror, nos recuerda a Shakespeare; por su ironía implacable a Voltaire; a Quevedo, por su crudo realismo. Muchos y admirables pintores ha producido el arte, bajo las rayos luminosos de Italia y de España, o en la intimidad de las suaves y grises brumas holandesas. Pero Goya, además de cuerpos y paisajes, ha pintado lo que nadie: el alma negra, que todos llevamos oculta en el fondo de nuestro ser, y que había de revelarnos Freud.

Rafael Sánchez de Ocaña



LA VIDA Y LOS LIBROS

«BONJOUR TRISTESSE»

(de Françoise Sagan)

ES ésta una novela de la que no puede decirse que aborda un tema profundo ni que éste sea tratado de forma original, pero bien puede concedérsele que logra evadirse totalmente de lo rutinario.

La juventud de su autora (sólo contaba 17 años cuando la escribió), la concisión y la claridad de los diálogos, la perfecta descripción de los personajes, lo que revela en ella una potencia de observación extraordinaria, la ausencia de prejuicios, hijos de creencias religiosas o de la moral en uso que se denota a lo largo del relato, perfectamente construido, y, hasta incluso el tema, mediante el que se plantea uno de los problemas más palpitantes de la juventud de nuestros días, influyen poderosamente en esa evasión de la rutina de que antes hablábamos; y quizás sea eso también lo que determinó a los críticos a conceder a esa novela el premio de la crítica literaria 1954.

El argumento consiste en una especie de historia vivida. Un hombre de 40 años, que había quedado viudo a los 25, que es una especie de don Juan, de espíritu ligero, está obsesionado por las aventuras amorosas, fáciles y numerosas. Juntamente con su hija Cecilia, de 17 años, forma una pareja inseparable que vive en completa libertad. Se desprecupan por completo de todo lo que no sean los placeres frívolos del presente hasta que Ana, una mujer que había sido la mejor amiga de la madre de Cecilia, se interpone entre ellos con el propósito de hacer cambiar de rumbo la vida de ambos y, sobre todo, con el de preservar a la joven de una depravación de la que no podía escapar de continuar por aquel camino.

Ante tal «amenaza», Cecilia, con un maquiavelismo a la vez inocente y perverso, introduce entre el trío dos comparsas, que simulan amarse, con el fin de herir el amor propio del padre y de reavivar en él el afán de aventura, cosa que consigue. Y un buen día se produce la ruptura; la catástrofe. ¿Queda con ello liberada Cecilia? Nada de eso. Desde aquel instante, incluso desde antes, su vida se ve ganada por la tristeza, hecha sin duda de remordimientos, e invade su espíritu de adolescente.

Pero para llegar a ese resultado Cecilia ha debido librar íntimamente una batalla feroz. Su temperamento jovial, ávido de placeres banales y de despreocupación del mañana —distintivo que lleva marcado generalmente la juventud de la época— se entremezcla con un maquiavelismo sórdido que supone cálculo y prevención. Una amalgama de sentimientos contradictorios y mal definidos, respecto a la mujer que estima y aborrece a un mismo tiempo, se producen en ella. Es cierto que ama la vida alegre y exenta de preocupaciones y que por temor a que con la presencia de Ana todo eso quede truncado, la aborrece, quiere alejarla. Pero no es menos cierto que siente admiración por esa mujer, tanto por las cualidades que la distinguen, como por haber sido ella quien la había iniciado en las delicias que produce la práctica del buen gusto y el amor mesurado y precavido.

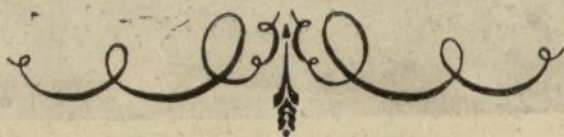
La presencia de Ana la atormenta; pero su comportamiento con ésta, el fin trágico que ha tenido, la atormenta más todavía: de ahí su tristeza, su saludo a la tristeza.

Y todo ese drama se desarrolla a orillas del mar, en vacaciones que «lavan más sombras que cuerpos» y durante las que lo que menos se tiene en cuenta es lo más grande, lo más bello: el mar, su ritmo, su murmullo incesante y continuo, el más allá, el mañana.

Es verdad que ni en el desarrollo ni en el desenlace de la obra que comentamos no queda solucionado ningún problema. Pero queda planteado uno de bastante volumen: el que tiene planteado la juventud de hoy y quizás la juventud de siempre. Ante ello cabe preguntarse: ¿Por qué motivo la juventud no piensa en el futuro, cuando es ella quien lo tiene, cuando es a ella a quien pertenece, y son los viejos, que no tienen futuro, o lo tienen más limitado, los que más se preocupan de él?

En fin, es una novela que hemos leído con deleite, que nos parece apreciable y que nadie perderá el tiempo leyéndola.

J. BORRAZ



¿LA RELIGION DE LA ARMONIA?



OCAS horas antes de morir, el genial y noble Renouvier decía a Louis Prat, su más querido y cercano discípulo:

«Existe una filosofía que los dos conocemos bien. Podría ser también una religión o al menos ocupar su lugar. Sería una religión laica, si así se puede hablar, una religión de intelectuales, sin dogmas que pretendería imponer, sin sacerdotes, sin Iglesia,

una religión filosófica cuyo objeto sería resolver el problema del mal, predicando el posible resurgimiento de la persona humana por el culto de la justicia (1).

Sonaba Renouvier con una religión de la justicia. Louis Prat prefiere mejor nombrarla Religión de la Armonía. Dos palabras me herían en la primera definición; una sola no me agrada en la segunda (aún si tuviese tiempo, explicaría tal vez porque Renouvier me asombra aquí más que Louis Prat; o quizás evitaría la explicación por temor a repetir las palabras de mi amigo Neo Stoicus en cierto «Diálogo de la justicia», que forma el noveno capítulo de mis APARICIONES DE AHASVERO.)

Acepto, sea cual sea, el vocabulario de un autor mientras leo para comprender. Desde que me aplico a utilizar lo que me es asimilable y a sólo amar desde lejos algunas bellezas que deben serme forasteras, ya titubeo en bromear con las palabras. Todas las definiciones del mundo no pueden renovar las palabras de que me sirvo corrientemente, no pueden separarlas de su perfume o lavarlas de su mal olor. No pronuncio la palabra «religión» sin que un hedor de sangre me suba a la garganta, al mismo tiempo que siento toda una repugnancia de servilismo. Para otros, el mismo vocablo puede llegar con música alada, entre nubes rosadas y emociones de amor. No puede olvidar Lucrecio que la Religión es una gran consejera de crímenes y no puedo rehacer yo una virginidad a esa vieja prostituta. A nadie someto a mi vocabulario y no me someto al vocabulario de nadie. No importa lo que opine Pascal, en mi espíritu la definición no ocupa completamente lo definido. La palabra es un ser vivo que tiene sus costumbres en mi mansión. Va más profunda de lo que se cree, no consintiendo

(1) En este estudio que aparece por primera vez en castellano, Han Ryner comenta el libro de su amigo Louis Prat «La Révolution de la Harmonie» (1 vol., en las «Presses Universitaires de France»). El tema de la «religión» (Ryner evita ese feo vocablo sustituyéndolo por el de «voluntad») de la armonía como culto de la justicia social, no es nuevo. El malogrado Guyau lo trató ya en su magistral obra «La irreligión del porvenir». Ambos libros, en donde se encuentra la teoría de la superstancia, son dignos de estudio. (N.d.T.).

a todos los ropajes ni a expresar los pensamientos ajenos. Si cambiáis mi vocabulario o el vuestro, sería deformar en cierta medida a uno de nosotros. Evitemos una y otra tiranía; procuremos entendernos, pero no queramos hablar la lengua del vecino.

Una diferencia de vocabulario esconde o revela una divergencia interesante, sino en las buenas voluntades de dos razones, al menos en las pendientes de dos pensamientos.

De buena gana hablo yo de armonía; opongo a menudo la voluntad de armonía a la famosa voluntad de potencia. Esta oposición ocupa un lugar importante en la doctrina de Louis Prat. En el detalle como en el conjunto, siento entre él y yo un emocionante parentesco. Pero esas palabras «Religión de la Armonía», que erige como un título e iza como una bandera, me parece que nunca las emplearía, ni aun en los azares de la improvisación o pérdidas en los meandros de una frase.

Posiblemente, más aun que Louis Prat, pongo el acento sobre la sola armonía INTERNA; tal vez, me parece que sueña demasiado directamente y demasiado prácticamente con la armonía entre las armonías. Yo no tengo que preocuparme del acuerdo entre las buenas voluntades profundas. Creo que se realiza por sí mismo. Estoy seguro que si de él me preocupara olvidaría mi propio asunto. Tratar de ensayarlo sólo puede dificultarlo. Pues yo no debo realizar más que el acuerdo de mis potencias interiores. Irradiará lo que pueda y deba irradiar. Encantan mis horas de ensueño algunas esperanzas; pero no les permito volver ebrias y temblorosas a mis horas de acción. Me hallo penetrado de esta verdad: la sola cosa que de mí depende es la creación de mi propia armonía; pensar directamente en acuerdo con otros seres perturbaría toda mi acción. Si algo puede hacer por otro, es con la condición de olvidar a ese otro y de trabajar, sin pensar en los hombres que me rodean, hacia mi propia perfección.

Obligo un poco a mi pensamiento. El cual se encuentra demasiado cerca del de Louis Prat para que, sin multiplicar la distancia por un artificio, ponga de manifiesto de que existe tal distancia.

Obligación múltiplemente peligrosa. Me temo que el lector comienza a creer que, para mi gusto, Louis Prat se ha inclinado demasiado hacia lo social y no bastante hacia lo individual y lo ético. Se engaña casi el lector o se engaña del todo. Mis reservas metodológicas enfocarían más bien la invasión de lo ético, en Louis Prat, por demasiado metafísica.

No es que su metafísica me desagrade. Me encanta y me mece. Pero no quiero mecedoras en la hora de la acción. Me agrada la metafísica de Louis Prat (no sólo la de él, sino también la mía); lo que no me agrada, es mezclar el ensueño con la práctica y que se consienta a cierto sonambulismo.

Louis Prat, al leerme, ha debido sobresaltarse más de una vez. Deliberadamente, soy injusto. Los matices sutiles y huidizos que nos distinguen, para hacerlos sensibles, los tifo rústicamente con asperezas y celos.

Continuemos mirando a través de una lupa y hablando con un altavoz.

Louis Prat debería haber hecho dos libros. Nuestras prácticas razones de armonizarnos, las hubiese deseado solas en uno; el otro hubiese sido reservado para todo lo que es poesía de pensamiento y dichoso paseo en el dominio de las antinomias. O más bien, ya que es una de sus necesidades dar de repente tanta riqueza, es una de mis necesidades distinguir entre ella y clasificarla. Mi práctica no debe depender de mi ensueño.

Nunca he visto a Louis Prat. Creo sin embargo verlo levantar los brazos desesperados ante mi incompreensión e indignarse. Lo que yo quiero que haga, lo ha hecho. No lo bastante ni muy netamente para mi exigencia.

Varias veces y bajo diversas formas, declara: «El concepto de la vida según la razón es independiente de la idea de la existencia de un Dios o de dioses, creadores de un mundo de armonía.» Indica que su teoría ética es verdadera en más de una hipótesis metafísica. Pero exige—o parece que exige—que deba rechazar otras. Por consiguiente, las metafísicas que rechaza no son tal vez siempre, METAFISICAMENTE, inferiores a la que ama o tolera. Hubiese sido más prudente no retardarse en coger esas flores y agarrarse a las espinas.

Hechas estas reservas y, para hacerlas inteligibles, aumentadas cien veces, ensayemos analizar el hermoso libro.

El hombre que capaz es de reflexionar se plantea, o debería plantearse este gran problema: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Por qué, y cómo debemos vivir? El hombre que se ha hecho tales preguntas se mira y se encuentra muy misterioso. Inquietándose, se demanda de nuevo: ¿Qué soy y por qué soy? ¿De dónde procedo? ¿Hacia dónde voy? No ve en él solamente a un ser que quiere comprender, sino un ser que también desea. Colocado, no sabe como en un mundo de guerra y de lucha, su deseo de ser lo hincha y lo sopla hacia todos los desarrollos. Algo en él exige que se vuelva más y más fuerte. Ningún límite a esta voluntad de potencia; quiere, cual ebriedad dura, imponerse a todos. Este deseo dominador hace esclavas a la inteligencia y la imaginación, que véne obligadas a justificarlo. Este deseo de desarrollar indefinidamente su ser, se le legitima imaginando la existencia en alguna parte del ser todopoderoso. El dios fuerte, afirmando que la virtud está en acercarse a él lo más posible. Se forja un dios omnipotente, porque se quisiera ser todopoderoso. Tal dios es el dios de la guerra, de una guerra sin fin.

Todas las religiones nos presentan cuadros de guerra. Guerra que se presenta bajo todas las formas, a veces violenta, a veces astuta y páfida. Y a pesar de las ebras esperanzas, sólo produce vencidos y mutilados.

¡Ah! pero cuán fuerte es el deseo de triunfar, y como el deseo de vencer a los otros, de suprimirlos o de someterlos es potente en la conciencia humana. Durante el período ascendente de la vida, esconde a todos las terribles consecuencias de la guerra universal. Algunos tal vez no las vean aparecer nunca. Los que las verán, las conocerán muy tarde: debilitados por el largo combate y por la edad, emplearán curando sus heridas un resto de fuerza languideciente y triste. Tratarán de comprender, queriendo explicarse por qué la vida se presenta así. Buscarán,

tantearán, seguirán resplandores pronto eclipsados o los encenderán artificialmente; si tienen el genio constructor de Pascal o de Spincza, edificarán un sistema y crearán resolver lo insoluble.

Sin embargo, en horas de desesperanza o de amor, nos ocurre soñar con otra vida, una vida de paz y de armonía, en continuo esfuerzo hacia la realización de la belleza, una vida que Louis Prat llama de buena gana demiúrgica. Ser uno mismo, verdaderamente uno mismo, ser el obrero de uno mismo, realizarse según el ideal que se concibe, irradiar verdad, belleza, justicia. A eso llamamos nosotros voluntad de armonía, culto de armonía, religión de armonía.

Hija de la razón, aparece la armonía a Louis Prat como cosa divina, lo que hay en nosotros de divino. Ese divino, podemos y debemos desarrollarlo en toda la medida de nuestras fuerzas. Desarrollarlo en la alegría, en una alegría que se eleva cada día entre amplia y pura luz.

Una parte de nuestro alegre deber es enseñar a los otros a HACERSE, a que con nosotros se vuelvan los obreros de la grande armonía, a realizarse dioses lo más posible.

El concepto de los otros artesanos de armonía podrá diferir con el nuestro, ¿qué importa? Monoteístas, politeístas o antropoteístas (¿y por qué no agnósticos, querido Louis Prat?) serán todos los sacerdotes de la gran religión de la armonía, los creadores de la belleza y del equilibrio que se eleva; opondrán a la guerra, a la esclavitud y al dolor, la belleza de la vida divina que sus inteligencias comprenden, que aman sus corazones y que desean todas sus potencias iluminadas.

No he podido impedir el interrumpir mi exposición con una pregunta y un paréntesis: ¿Por qué Louis Prat parece rechazar u olvidar a los agnósticos? Es tal vez, un poco porque llama religión a una unión que debe, en mi opinión, quedarse sin forma determinada y sin nombre para mantener los múltiples matices de la vida; es tal vez un poco porque llama DIVINA a la vida que yo llamo HUMANA y que desea DIOSES o DEMIURGOS a quien saludo como HOM-BRES REALIZADOS. Pero su vocabulario es más estrecho que su pensamiento y su acogida. Ensalcemos, pues, su acogida y su pensamiento sin criticar demasiado a su palabra. Pues todos los vocabularios sólo permiten pobres balbuceos y, desde que verdaderamente existe un pensamiento, las palabras son desbordadas.

El grande y noble libro se divide en tres partes. La alta meseta se llama A LA BUSQUEDA DE DIOS POR LA IMAGINACION y es una historia de las religiones positivas. El centro se llama A LA BUSQUEDA DE DIOS POR LA RAZON y es, después de la vigorosa crítica de las metafísicas que parecen a Louis Prat inconciliables con su práctica, el alegre examen de las que se pueden acordar con la Religión de la Armonía. Y la parte constructiva del libro se llama LA RELIGION RAZONABLE.

Toda la primera parte es un encantamiento. Este bosquejo de las religiones positivas enfocadas en su voluntad de potencia, es de una grandeza que diríase épica, y muy bella luz lo inunda... La magnificencia de esos ensueños emociona la simpatía del autor; pero dichos ensueños son malignos y la admiración poética no paralizará el vigor de la crítica.

En la tercera parte—aunque el vocabulario de Louis Prat me fastidie un poco—yo admiro también casi siempre y simpatizo. La segunda, en donde las metafísicas son estudiadas en función de una ética, me agrada menos. Ciertamente, la flexibilidad lenta y robusta del pensamiento y del estilo me cautiva siempre, pero sólo le cedo a veces sonriendo y protestando.

Por los infinitos meandros de una gracia siempre austera, de una severidad siempre sonriente, Louis Prat llega a los vastos dominios de sus conclusiones luminosas. ¡Ah! cómo me fué fácil seguir el curso del río; y cuán bello aparece ahora desde el altozano en que miro su conjunto sinuoso y seguro...

Admito, en cuanto a mí, todas las metafísicas, después de haberlas cuidadosamente desarmado del veneno de la afirmación. No consiento en privarme de ninguno de esos poemas. Espero que algún día balbucearé el que más me emociona; enseñando, en una luz alegre y que se evade, el poema hijo mío. Mi METAFISICA PLURALISTA no dejará de tener algún parentesco con el poema que prefiere Louis Prat y que ha descrito magníficamente en su AGLAOPHAMOS y en sus CUENTOS PARA LOS METAFISICOS. Y aunque mi choza esté ya construida, quiero guardar intacta la alegría de viajar y visitar los viejos palacios ruinosos o los castillos modernos.

Sobre todo deseo que ningún ensueño—ni el de Louis Prat, ni aun el mío—pueda permitirse el turbar con el pretexto de ayudarla, a mi acción cotidiana. No quiero embriagueces cuando trabajo. Cuando mis manos obedecen a mi razón, no, yo no soy el demiurgo demasiado hermanado aun al superhombre. Ser de más en más el HOMBRE REALIZADO, ¡ah! cómo tal belleza y dificultad me bastan. Tampoco tengo necesidad, esculpiendo mi propia armonía, de cantar que iniciará un día—primer cristal lanzado en un líquido impaciente—la armonía de la humanidad o del mundo. Aunque ninguna armonía la hubiere precedido, aunque ninguna otra la acompañara, si ninguna otra debiera seguirla, la quiero yo de una fuerza siempre firme.

«La razón—aseguran Renouvier y Louis Prat—terminará por tener razón.» También, como ellos, yo lo sueño en mis ensueños visionarios. Pero, en el despertar activo, la sola cosa que me importa, es de lograr que al menos en mí la razón tenga razón.

Louis Prat, hermano admirable, nuestras divergencias son tal vez lo justo suficientes para que nuestro acuerdo haga el encuentro de dos calores que

emanan de dos hogares. Das tú esperanza, luz que de tí sale y que se pierde en inciertas penumbras de las tinieblas exteriores, esperanza algo más importante que la mía. Pero sabes dejar a tu irradiación el estremecimiento de lo lejano, de lo indeterminado, de la incertidumbre. Casi tanto como el éxtasis, la melancólica malicia anima tus ojos y tu mano, y a decir verdad, no tiembla ésta del vino ardiente que has bebido.

Somos los dos por igual, dos liberados de todo odio, de todo espíritu de conquista o de toda esperanza inmediata. Sueño a veces en que hay seres que se nos parecen. Y, ya que no estoy en una hora de labor quiero, ¡oh amantes bien amados!, proclamar la belleza del mundo de la cual sois la guirnalda viva y florida. ¡Oh generosa humanidad que, en una sola generación, me das tan profundos hermanos!

Hermanos, cuán bello es el mundo en ser nuestro padre. Es bello por no decir un «no» definitivo cuando soñamos que será un día, más allá de los siglos y del horizonte, nuestro hijo maravilloso. Hermanos, si nuestro ensueño nunca debiera generalizarse, estad orgullosos y sed dignos por lo que hacéis. Sólo vosotros, hacéis posible el porvenir y es vuestra armonía la que mantiene el tambaleante equilibrio. ¿Hará vuestro esfuerzo ascender a la multitud hasta el hombre realizado, hasta el que uno de vosotros llama el demiurgo? Lo ignoro. Pero de lo que estoy cierto, ¡oh gloriosos conocidos o desconocidos!, es que sólo vosotros nos evitáis, en la infame pendiente, de resbalar hacia la bestia (2).

Han RYNER

Versión castellana de Vladimir Muñoz.

(2) Louis Prat nació en Foix (1861) y murió en Prades (1942), en la misma casita en donde murió Renouvier. Conocido como el «filósofo del Canigou», es el fundador del «Armonismo», desconocido por los letrados grafómanos a causa de su desdén por el oficialismo imperante. Entre sus numerosos libros, cabe citar a su «Charles Renouvier» (1937), síntesis culminante de su filosofía armonista. (N.d.T.)



Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

ANEXO BIBLIOGRAFICO

Las publicaciones siguientes no son anarquistas. En cambio, sus redactores se reclaman como tales. De todas formas, las señalamos en este trabajo a título diverso y con carácter documental.

ESTADOS UNIDOS

405. «Chanteclair». Mensual antifascista. New York. El primer número aparece en octubre de 1942. Revista de ocho páginas dedicada a la lucha contra el fascismo «incluso codo a codo con Roosevelt». Este es el extraño punto de vista sostenido por los dos anarquistas redactores de la publicación: Virgilio Gozzoli y Auro d'Arcola. Aparecen en fechas espaciadas 19 números; el último corresponde a octubre de 1945. Seguidamente aparecen algunos números especiales como:

406. «Polemica Italiana». Octubre 1944; 22 páginas.

407. «Davanti ai problemi d'oggi». Marzo 1945; 22 páginas, y

408. «Al Popolo di Ogni Comune d'Italia». Cuatro páginas; los tres números lanzados por los mismos redactores.

ITALIA

409. «Il Corvo». Periódico de combate anticlerical. Livorno. Comienza a publicarse en 1945, con cuatro páginas a seis columnas y sobre formatos diversos. Su aparición es muy irregular. Si bien no se puede definir como «periódico anarquista», se halla siempre redactado por escritores anarquistas. Redactor: A.C. Vannucci. Colaborador: Virgilio Mazzoni.

410. «La Battaglia». Publicación del Grupo Editorial «Il Corvo». Livorno, 1 de mayo 1947. Número único de propaganda anticlerical. Formato de gran revista, 10 páginas (35 x 25). Redactor: A. Vannucci.

411. «Don Corvo». Livorno. Editado por el grupo «Pietro Gori»; 13 de octubre 1946. Número único dedicado a Francisco Ferrer; cuatro páginas, seis columnas. Redactor: A. Vannucci.

412. «L'Internazionale». Semanario político. Roma. Aparece en tres series, desde el 15 de septiembre y con este título hasta el 22 de marzo de 1947, en las tres formas siguientes:

El número 53, del 28 de agosto de 1945, el periódico «Il Partigiano», semanario político de los «Partidos de la Libertad», Roma, anunciaba su adhesión al movimiento anarquista en el artículo de fondo, con el título «Il Congresso di Carrara» (degli anarchi, settembre 1945).

En su número 57, del 15 de septiembre de 1945, modificaba su título; en lugar de «Il Partigiano» se llamaba «Internazionale», al tiempo que modificaba su contenido y en sus columnas ofrecía largo espacio a la colaboración anarquista subrayando su preferencia por la definición de «libertario» en lugar de la de «anarquista». En resumen, trata

de dotar al movimiento libertario de un contenido diferente, contrastando con el definido como anarquista llegando así a la constitución de una «Federación Libertaria», primeramente Lombarda y luego Italiana, en contraste con la Federación Anarquista Italiana (F.A.I.). Al constituirse una Federación Libertaria Lombarda, la Redacción del periódico se traslada a Milán y con fecha 23 de marzo de 1946 aparece:

413. «La Comune», órgano de la Federación Libertaria Italiana. Milán, con el número 1 de la nueva serie. Continúa publicándose así hasta el 25 de septiembre (año IV, número 21, nueva serie), pero luego, tras una nueva escisión, vuelve a Roma, siendo entonces:

414. «L'Internazionale», órgano de la Federación Libertaria de Italia. Roma. El primer número es del año V, número 2, 8 de marzo de 1947, continuando hasta el 22 de marzo de 1947; tres números en total, de esta nueva serie que aparece a cuatro páginas en formato pequeño.

De sus dos primeras series fueron redactores Carlo Andreoni y Bruno Valeri. Colaboradores: Comunardo Braccialarghe, Germinal Concordia, Pario Perelli, Pietro Paolo.

De la tercera serie: Redactor: Valentino Marafini. Colaboradores: Antonio di Tota, Renato Gentilezza.

415. «Il Grido de la Folla» non asservita (El Grito de la Multitud, indómita). Periódico racionalista de acción libertaria. Ferrara. Inicia su publicación el 10 de septiembre de 1945, editado a cargo del Grupo Racionalista de Acción Libertaria de Ferrara. No aparece con mucha regularidad. A partir del núm. 8, año II, del 1 de enero de 1948, modifica su subtítulo, adoptando el de: «Periódico Racionalista d'Azione Umanitaria», y algunos números después se le agrega el subtítulo de «Cultura Popular y Defensa Sindical». Continúa apareciendo hasta el 16 de marzo de 1947. Su director era Senofonte Gestari. Este individuo fué un agente provocador de la O.V.R.A.


Tanto en Italia como en el exterior se halló mezclado en varios negocios sucios y en las actividades del famoso agente provocador fascista Menapace.

Por lo tanto esta publicación fué tenida por lo que era en realidad: la continuación de la actividad de Gestari como agente provocador, por lo que fué denunciada como tal por todas las publicaciones anarquistas. De todas formas el periódico no salía de Ferrara y aparecía en una hoja simple.

IVREA, septiembre de 1953.

Nota.—El presente trabajo bibliográfico llega hasta mediados de 1953 y será continuado en tiempo oportuno. Su autor no pretende haber realizado una Bibliografía completa ni libre de errores, por lo que quedaría muy reconocido a quien o quienes señalaran deficiencias o aportaran nuevos datos. Dirigirse para ello a Ugo Fedeli. Casella Postale, 14. IVREA (Torino). Italia, o a la Sección bibliográfica de la C.R.I.A., encargada de la presente traducción y presentación.

UGO FEDELI



POETAS DE AYER Y DE HOY

REBELION

La rima es el tirano empurpurado,
Es el estigma del esclavo, el grillo
Que acongoja la marcha de la Idea.
¡No aleguéis que es de oro! ¡El pensamiento
No se esclaviza a un vil cascabeleo!
Ha de ser libre de escalar las cumbres
Entero como un dios, la crin revuelta,
La frente al sol, al viento. ¿Acaso importa
Que adorne el ala lo que oprime el vuelo?

El es por sí, por su divina esencia,
Música, luz, color, fuerza, belleza.
¿A qué el carmín, los perfumes pomos?...
¿Por qué ceñir sus manos enguantadas
A herir teclados y brindar bombones
Si libres pueden cosechar estrellas,
Desviar montañas, empuñar rayos?

¡Si la cruz de sus brazos redentores
Abarca el mundo y acaricia el cielo!
Y la belleza sufre y se subleva...
¡Si es herir a la diosa en pleno pecho
Mermar el torso divinal de Apolo
Para ajustarlo a ínfima librea!

Para morir como su ley impone
El mar no quiere diques, ¡quiere playas!
Así la Idea cuando surca el verso
Quiere al final de la ardua galería
Más que una puerta de cristal o de oro,
La pampa abierta que le grita « ¡Libre ».

Delmira AGUSTINI

(Transcribió Vladimir Muñoz.)



Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCÍA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe cristiano». Tomo II. «Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

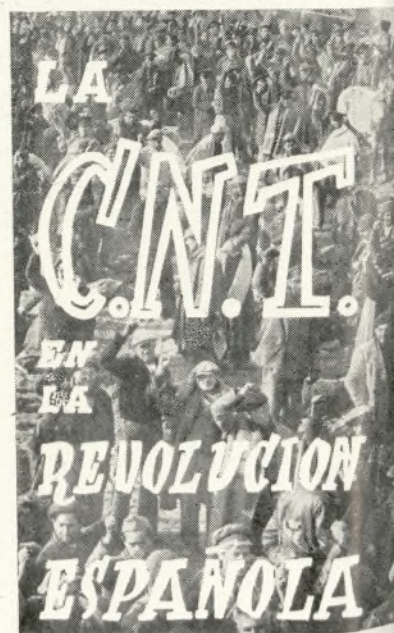
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos